

Octubre 15/72

ADICION AL CATALOGO DE 1.º DE JULIO DE 1871

EL TEATRO,
COLECCION DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.

**CUMPLIR
CON SU OBLIGACION.**

CONEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

DE

DON JUAN PEREZ MONTALBAN,

REFUNDIDA POR

DON EMILIO ALVAREZ.

[Large red handwritten signature or stamp, possibly 'E. Alvarez', is written over the text.]

MADRID:

OFICINA, PEZ, 40, 2.º

1872.

L47 - 6193

ADICION AL CATÁLOGO DE 1.º DE JULIO DE 1871.

EL TEATRO.

TÍTULOS.	Actos, Prop. que corresponde	TÍTULOS.	Actos, Prop. que corresponde
À tal amo tal criado.....	1	Todo.	1
Alquese hace de miel.....	1	Id.	1
D. Ramon de la Cruz.....	1	Id.	1
El amor y la astucia.....	4	Id.	4
El barómetro.....	1	Id.	1
Entre el nieto y el abuelo...	1	Id.	1
La firmeza de un gallego ó las últimas elecciones.....	1	Id.	1
La petaca.....	1	Id.	1
La verdadera nobleza.....	1	Id.	1
La astucia de un andaluz...	1	Id.	1
Nubes.....	4	Id.	4
Pobres y ricos.....	1	Id.	1
Receta para casarse.....	1	Id.	1
Un hombre comprometido...	1	Id.	1
Un momento de locura.....	1	Id.	1
Una perra y un gato.....	4	Id.	4
Amor, honor y poder.....	3	Id.	3
El testamento de Acuña...	3	Id.	3
La astucia de un asistente..	3	Id.	3
La mosca blanca.....	3	Id.	3
Los secuestradores de Anda- lucía.....	3	Id.	3
Los dulces de la boda.....	3	Id.	3
Los niños grandes.....	3	Id.	3
Odio y amor.....	3	Id.	3
C de L. (Zarzuela.).....	1	L. y M.	1
Cuatro demonios y un cabo..	1	Id.	1
Chamusquina ó la Hija del petróleo.....	1	Id.	1
= Palomó!!!.....	1	Libro.	1
Tamberlik, Mario y Latorre..	1	L. y M.	1
Un sevillano en la Habana..	1	Id. Id.	1
=Tocar el violon.....	1	Libro.	1
El marino.....	2	L. y M.	2
=El Teatro en 1876!!!.....	2	Libro.	2
Los dragones.....	2	L. y M.	2
Justos por pecadores.....	3	L. y M.	3
Un lio entre dos castaños...	3	Todo.	3
La feria de las mujeres.....	3	Id.	3
La escala de la ambicion....	3	Id.	3
El Caballero de Gracia.....	3	Id.	3
=Perla. (Zarzuela.).....	1	Libro.	1
La peluca de mi mujer.....	1	Todo.	1
Un empréstito forzoso.....	1	Id.	1
Agustina la cantinera.....	1	Id.	1
La Virgen del Amparo.....	2	Id.	2
Tres al saco.....	1	Todo.	1
Los pastores de Belen. (Ópera.)	3	L. y M.	3
Amor y caridad.....	1	Todo.	1
Amor paternal.....	3	Id.	3
La tarde de Noche-buena...	3	Id.	3
La caja de Pandora.....	3	Id.	3
Los zapatos de baile.....	1	Id.	1
Intriga y amor.....	4	Id.	4
El miedo guarda la viña...	3	Id.	3
El justo medio.....	1	Id.	1
La Rubia.....	1	Id.	1
Obrar bien, que Dios es Dios.	2	Id.	2
Batalla de Ninfas.....	4	Id.	4
El prisionero cristiano.....	1	Id.	1
Un bello ideal.....	1	Id.	1
Llegó la hora!!.....	1	Id.	1
El nacimiento del Mesías...	4	Id.	4
El primer día feliz.....	3	Música	3
Alma por alma.....	1	Todo.	1
Patria.....	1	Id.	1
El novio de su mujer.....	3	Id.	3
La mujer compuesta.....	3	Id.	3
El Redentor del mundo.....	3	Música	3
La venida del Mesías.....	1	Libro.	1
Un Milord de Ciempozuelos..	1	Id.	1
La leyenda del diablo.....	4	Id.	4
La suegra.....	1	Id.	1
Violetas y girasoles.....	3	Id.	3
La institucion del Rosario...	1	Id.	1
El amor y la loteria.....	1	Id.	1
Unos suben y otros bajan...	1	Id.	1
Un millon.....	3	Id.	3
El vestido azul.....	1	Id.	1
La hebra de seda.....	1	Id.	1
El alcalde de Sarriá.....	3	Id.	3
Una víctima de la internacio- nal.....	1	Id.	1
Las dos cartas.....	1	Id.	1
El envidioso.....	1	Id.	1
Las cajas de cerillas.....	1	Id.	1
Beethoven.....	1	Id.	1
=La liquidacion social.....	2	Id.	2
=El principe Lila.....	2	Id.	2
El baron de la castaña.....	1	L. y M.	1
Los prófugos de Ultramar ó los dos apóstoles.....	1	Id.	1
Cumplir con su obligacion...	3	Libro.	3

Han vuelto á estas galerías las obras del Sr. Boldun, que durante un corto tiempo ha administrado *El Proscenio*, y por lo tanto nuestros comisionados se encargarán nuevamente del cobro de sus derechos.

6193-472

CUMPLIR CON SU OBLIGACION.

Jose Rodriguez
[Signature]

COMPTON'S PATENT

CUMPLIR CON SU OBLIGACION,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

DE

D. JUAN PEREZ DE MONTALBAN,

REFUNDIDA POR

DON EMILIO ALVAREZ.

MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.

1872.

PERSONAJES.

ACTORES.

CAMILA.....	SRTA. BOLDUN.
CELIA.....	SRA. DARDALLA.
LEONIDA.....	SRTA. SAMZ.
INÉS.....	SRTA. DOMINGUEZ.
DON JUAN.....	SR. VICO.
EL DUQUE DE FLORENCIA....	SR. MORALES.
EL MARQUÉS DE SAN TELMO.	SR. ZAMORA.
MENDOZA.....	SR. ALISEDO.
FORTUN.....	SR. MARTINEZ.
TEODORO.....	SR. N.

A compañamiento.

Esta obra es propiedad de la Empresa del Teatro Español, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados de la Galería Dramática y Lírica de DON ALONSO GULLON, son los exclusivamente encargados del cobro de los derechos de representación y de la venta de ejemplares. Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

Salon de palacio.

ESCENA PRIMERA.

CAMILA, LEONIDA.

LEON. ¿En fin te casas?
CAM. ¿Qué espero?
Dí que me casan, Leonida;
dí que me quitan la vida,
y dí que callando muero.
¡Ay de mí!

LEON. ¿Lloras?
CAM. No sé.
LEON. ¿Tú llorar? Tú suspirar?
CAM. No me quisiera casar.
LEON. Dime, señora, por qué.
CAM. ¿Por qué? Porque á quien ya tiene
hecha eleccion en su gusto,
dime, ¿qué mayor disgusto,
Leonida, se le previene,
que el escuchar que le den
cuando en otro amor se abraza,
parabien de que se casa,
y no con quien quiere bien?

LEON. Y no me dirás á mí

quién te ha podido obligar?

CAM. De tí me quiero fiar.

LEON. Es don Juan?

CAM. Leonida, sí.

LEON. Toda la culpa ha tenido
tu hermano.

CAM. Él causó mi afan.

Su amistad hácia don Juan
causa de mi muerte ha sido.

Tiénele Clenardo en casa,

á todas horas le veo,

y el respeto á ser deseo

algunas veces se pasa;

y en la ocasion, la más cuerda

suele resistirla en vano;

muchas me ha dado mi hermano,

él quiere que yo me pierda.

LEON. Y en fin, ¿qué has de hacer?

CAM. Morir;

pues que me obliga el honor

á saber sentir mi amor

sin poder darle á sentir.

LEON. Quizás será tan galan

el esposo que ya esperas,

que te obligue á que le quieras

y que olvides á don Juan.

CAM. Mal podré sí ya le quiero;

mas considera, Leonida,

que aunque don Juan es mi vida,

mi gusto y mi amor primero,

no ha de saber mi tormento;

porque aun yo misma, de mí

me avergüenzo, de que así

me rindiera un pensamiento;

que á la mujer que tuviere

por blanco su propio ser,

se le permite querer,

pero no decir que quiere:

de este modo, aunque me allano

á las penas que me dan,

estaré amando á don Juan,

y me entregaré á un tirano;

y así piadosa y cruel
huyendo de lo que sigo,
le amaré para conmigo,
pero no para con él.

ESCENA II.

CAMILA, LEONIDA, CELIA, INÉS.

INES. Templada, señora, tu afán.

CAM. ¿Quién llega?

LEON. Celia tu prima.

CELIA. (Amor tirano me anima
á venir tras de don Juan:
¿cuándo ha de llegar el día
que sepa mi sentimiento,
la causa de mi tormento,
y de la desdicha mía?)

INES. Tíenete Clenardo amor,
mozo discreto y galán,
y tú, loca por don Juan,
pagar su amor con rigor?

CELIA. Soy mujer, y no me espanto
de esta necia condicion;
que siempre la privacion
nos suele obligar á tanto.
Buscando á mi prima vengo
para consultar con ella
este incendio que atropella
la vida y honor que tengo.
Mas ella está aquí; yo quiero
darle á conocer mi pena,
porque suele en causa agena
hablar mejor un tercero.)
¿Camila?

CAM. Celia, ¿aquí estabas,
y sin hablarme?

CELIA. ¡Ay de mí!

CAM. Melancólica te ví;
¿qué hacías? ¿En qué pensabas?
No pagas bien mi amistad,

pues tú de mí te retiras
y con los ojos suspiras.

CELIA. Ya perdí mi libertad.

CAM. ¿Qué tienes?

CELIA. Estoy sin mí.

CAM. Pues declárate conmigo;
dime tu mal.

CELIA. Ya le digo;
escúchame atenta.

CAM. Di.

CELIA. Yo tengo un desasosiego
que le siento y no le toco,
y al corazón poco á poco,
aunque me abraza, le llevo.
Tengo una alegre inquietud
que me entretiene y enoja;
tengo una dulce congoja
que me mata y da salud;
tengo una gustosa herida
que yo misma procuré;
tengo un veneno que fué,
siendo mi muerte, mi vida;
tengo un fuego, que sospecho
que para rayo aprendió,
pues libre el cuerpo dejó
y volvió ceniza el pecho;
tengo un mal que no me ofende,
un bien que me trata mal,
un antídoto mortal,
y una frialdad que me enciende;
tengo un dolor que busqué,
un antojo que bebí,
un tormento que elegí,
y una pena que compré;
tengo un apacible modo
de tratarme con rigor;
y digo que tengo amor,
que en esto lo digo todo.

CAM. Sí; pero un amor pagado
más alabanzas merece.

CELIA. ¿Luego el mío se agradece?

CAM. Sí, prima, pierde el cuidado;

yo sé que pagada estás;
yo sé, prima, lo que estima
mi hermano tu amor.

CELIA. —Ay, prima!

muy lejos de blanco das!
Á Cleardo quiero bien,
pero no como á galan.

CAM. ¿Pues quién te obliga?

CELIA. Don Juan;

don Juan venció mi desden.
En su amor viene á encenderme,
de su luz soy mariposa.

(Celia se dirige á Inés.)

CAM. (No me faltaba otra cosa
para acabar de perderme.)

INES. (Hablando con Celia.)

Bien lo expresaste.

CELIA. ¿Qué tal?

CAM. (Ap. con Leonida.)

(¿Pues no oyes esto, Leonida?

¡qué alentada! ¡qué atrevida!

¿viste desvergüenza igual?

Pues perdóneme mi honor,

que si me aprietan los celos,

daré voces á los cielos

y diré al mundo mi amor.

Amar sin darlo á sentir
puede la que es virtuosa;

mas callar y estar celosa

no es cosa para sufrir.)

(Volviendo á Celia.)

¿Y en qué estado está ese amor?

¡Hay cinta, papel ó prenda?

CELIA. Antes quiero que le entieuda
por tu parte.

CAM. (Esto es peor.)

CELIA. Tu divino entendimiento

Italia alaba y estima,

y para que pueda, prima,

lograr este pensamiento,

de tí me he de aconsejar.

Valerme quiero de tí.

- CAM. Pídesme consejo... á mí?
pues yo te le voy á dar.—
Segun lo que tú me has dicho,
y lo que todos entienden,
Clenardo te tiene amor.
- CELLA. Mas yo...
- CAM. Tú no se le tienes,
porque los ojos has puesto
en don Juan; que las mujeres
por quien ménos nos obliga
nos perdemos las más veces.
Pues ahora importa saber,
si acaso don Juan... ¿me entiendes?
ha dado algunas señales
mirándote, de quererte.
- CELLA. Pues si eso fuera, Camila,
ó don Juan lo pretendiese,
¿qué le faltaba á mi amor?
- CAM. (¡Vaya por Dios! diferente
cosa es esa.)
- CELLA. Ello en fin,
verdad es que algunas veces
cuando me encuentra me dice...
- CAM. ¿Qué te dice?
- CELLA. Esos claveles,
¿á qué jardín los hurtaste?
Esa risa, ¿de qué fuente
la aprendistes? Esos ojos
pardos son, piedad prometen.
- CAM. ¿Pues tan cerca se llegaba
ese caballero á verte
que conoció que eran pardos?
¿Y aun dices que no te quiere?
- CELLA. Sí, prima, que hay muchos hombres
que aunque una cosa encarecen,
es con tanta frialdad
y tan desabridamente,
que en fin...
- CAM. Paso, niña, paso,
¿pues qué es lo que tú pretendes?
Quisieras tú que don Juan
cuando contigo estuviese,

te dijera enternecido:
«Celia, mis ansias crueles
ya no caben en el pecho,
mayor esfera apetece.»
Y quisieras que despues
turbado se le cayesen
los guantes, y las palabras,
como á quien ama acontece,
á medio empezar dejase,
que siempre quien ama teme.

- ¿Así lo quisieras tú?
- CELIA. Hásllo dicho lindamente;
sin duda me has visto el alma.
- CAM. ¿Sí, eh? Pues escucha... advierte.
Celia, yo te quiero bien,
y es fuerza que te aconseje
lo que te ha de estar mejor
aunque á tu gusto le pese.
Mi hermano es duque en Florencia
y mi hermano te merece:
tú ganas en este amor,
Celia; procura quererle,
que á mujeres principales
no las casan accidentes.
- CELIA. Es juiciosa observacion,
y tú aplicártela debes.
Tu hermano, duque, en Florencia,
tu casamiento previene
con el Marqués de San Telmo,
pactado ya de tal suerte,
que para ello sólo falta
que el Marqués, tu esposo, llegue.
Ya hallaste tu dicha; deja
que en don Juan la mia encuentre.
- CAM. Don Juan no te tiene amor.
- CELIA. ¡Camila!
- CAM. No te le tiene.
- CELIA. ¿Qué sabes tú?
- CAM. Yo lo sé.
- CELIA. Pues mucho saber es ese.
- CAM. Don Juan no te tiene amor;
y aun cuando te le tuviere,

no es justo que sepa el tuyo;
que aun las comunes mujeres
regatean el decir
á un hombre su amor, que suele
resfriarse el más amante
en sabiendo que le quieren.
Y fuera de ello, don Juan
no es tan gallardo que puede
por el talle enamorarte;
á mí, al ménos, me parece
que no me quitara el sueño.
Y el ingenio, si lo adviertes,
es, prima, muy limitado.

CELIA. Si no es que pasión te ciegue,
en esa parte, perdona,
que la verdad no consiente
que le agravies, porque todos
dicen...

CAM. ¿Pues ya le defiendes?
¡Buena estás!

CELIA. Imparcial soy:
quírole bien...

CAM. ¿Qué es quererle?

CELIA. Noble es don Juan.

CAM. ¿Quién lo sabe?

CELIA. Él lo dice.

CAM. ¿Y si él mintiese?

CELIA. Su talle y su cortesía
¿no lo dicen claramente?
¿Esto quién puede negarlo?
Y así, si no te resuelves
á favorecer mi amor,
de mí misma ha de saberle.

CAM. (Ap. con Leonida.)
(Confusa y celosa estoy.
Qué hacer, Leonida, que viene
la primita desbocada?)

LEON. Conténla tú.

CAM. ¿Cómo quieres?...

Si la obligo y amenazo
con mi hermano, está de suerte
que á don Juan dirá su amor;

- y si él acaso la quiere,
se han de hablar... y si se hablan...
no es cosa que me conviene.
- LEON. Háblala tú en nombre suyo.
- CAM. Pues haré que se concierten
los dos, siendo yo tercera
de sus gustos y placeres?
Malos años para entrambos.
- LEON. Mas de ese modo entretienes
sus deseos.
- CAM. Dices bien.)
- CELIA. Qué dudas, prima, ¿qué tienes?
- CAM. En tu negocio pensaba.
- CELIA. Y qué dices?
- CAM. Me parece
que será más acertado
decirle yo, si le viese,
que cierta dama le mira
con amor y no se atreve
á declararse con él;
y conforme respondiere,
le daré parte del tuyo.
- CELIA. Con justa causa encarece
Florenca tu entendimiento.
- CAM. Yo diré lo que te debe
de penas y de suspiros.
(Mal haya quien tal dijere!)
- CELIA. Pues basta estar de por medio
tú, para que al fin intente
feliz suceso de todo.
(Mirando á la derecha, por donde viene D. Juan.)
¡Ay, prima!
- CAM. ¿Qué?
- CELIA. Don Juan viene.
- CAM. Vamos de aquí.
- CELIA. ¿No has de hablarle?
- CAM. Luégo. (Al fin yo he de perderme.)
Vamos, prima.
- CELIA. Ya te sigo.
- CAM. Todo el ingenio lo vence.
- CELIA. ¿Mas no hablarás á don Juan?
- CAM. ¡Jesús y qué prisa tienes!

CELIA. Anda el amor con espuelas.
CAM. Pues procura detenerle,
porque en picando sin freno
podrá ser que te despeñes.

ESCENA III.

D. JUAN y MENDOZA.

MEND. Anda, señor.
JUAN. Ya se fué.
MEND. Llámala.
JUAN. Mendoza, tente.
Su presencia me acobarda.
MEND. ¿Qué dudas, señor? ¿Qué temes?
Hombre que nació en España
así tiembla? Tú no eres
don Carlos Enriquez?...
JUAN. ¡Calla!
Que nunca ese nombre suene
en tus labios.
MEND. Bien está.
JUAN. Mientras mi agravio no vengue
don Juan de Cárdenas soy.
Guarda leal y prudente
este secreto, Mendoza:
ay de tí, si al fin te vendes.
MEND. Bien, señor; pero entre tanto...
JUAN. No me bables, déjame, vete.—
Pensamientos atrevidos,
¿de qué me sirve teneros
si no he de llegar á veros
ni logrados, ni entendidos?
Fama teneis de encogidos:
si no es que de puro honrados,
gustais de estar mal pagados
huyendo de ser dichosos,
por no haceros sorpechosos
pareciendo interesados.
Amar para merecer,
y obligar para gozar,
es cierto modo de amar

un hombre su mismo ser;
el amor no ha de tener,
para ser hijo del pecho,
mezcla del propio provecho;
porque en llegando el amor
á valerse del favor,
ya se lo prueba el cohecho.
Un noble amor, pensamientos,
tiene valor diferente;
que es amar muy vulgarmente
amar con atrevimientos.
Yo sé que estais más contentos
que la mayor confianza,
porque en fin, toda esperanza
á su mudanza temió;
pero quien nada esperó
mal temerá su mudanza.
Mas ¿de qué os quejais, si en mí
teneis el dueño que adoro?
En mí vive su decoro
despues que el alma le di.
Sombra de sus luces foí,
pedidme albricias, ¿qué haceis?
á Camila en mí teneis,
y con ella os regalais;
pues si la veis y la hablais,
pensamientos, ¿qué quereis?
Aunque poco os durará
este consuelo amoroso,
porque en viniendo su esposo
del alma os la sacará;
mas direis que no podrá:
porque ántes que á hacerlo pruebe,
os dará muerte más breve
el ver mis celos tan ciertos;
y estando vosotros muertos,
¿qué importa que se la lleve?
Pero si Clenardo y yo
somos un alma, no ha sido
nobleza haberle ofendido;
mas direis que él se ofendió:
él, pues la ocasion me dió,

dejándola hablar y ver;
que un amigo no ha de ser
de su honor tan enemigo
que ha de llevar á su amigo
donde hay hermana ó mujer.
Mas si de mí se confía
en pie se queda la culpa,
que la ocasion no es disculpa
si toca en alevosía;
paciencia, esperanza mia;
vuestro oriente es vuestro ocaso:
vos moris, y yo me abraso
sin esperar ni alcanzar,
porque en queriendo esperar
me sale el honor al paso.

ESCENA IV.

D. JUAN, MENDOZA, el DUQUE DE FLORENCIA, CELIA.

MEND. Ya aquí vuelve Celia, mira.

JUAN. ¿Vuelve Camita tambien?

MEND. Celia con el Duque.

JUAN. Ven;

á esta parte te retira. (Se alejan al fondo.)

DUQUE. Mariposa soy que gira
en torno á la luz brillante
de esos ojos. Soy amante
rendido, que tus enojos
llora postrado de hinojos.

CELIA. No pases, primo, adelante.

DUQUE. Eso es rigor.

CELIA. No es rigor.

DUQUE. Es facilidad.

CELIA. No es;
que eso fuera, si despues
de inclinarme á tu valor
favoreciera otro amor.

DUQUE. ¿No dices que quieres?

CELIA. Sí.

DUQUE. ¿Luego confiesas así
que eres fácil?

- CELIA. Mal propones;
pues niego lo que supones,
que es haberte amado á tí.
- DUQUE. Segun eso, bien porfio
en condenar tu rigor.
- CELIA. No, primo, porque el amor
prócede del albedrío;
libre me da Dios el mio
para amar ó aborrecer:
yo no te debo querer,
ni por fuerza te he amar;
luego no es rigor negar
lo que no puedo deber.
- DUQUE. ¿Qué, en fin, quieres y no á mí?
- CELIA. Que no me apures te pido.
- DUQUE. ¿Que tan mal te he parecido?
- CELIA. No digo tal.
- DUQUE. Pues yo sí.
- CELIA. Antes el no amarte aquí
que es darte valor sospecho,
porque si ya estaba el pecho
ocupado en otro amor,
fuera ofender tu valor
darle lugar tan estrecho.
- JUAN. (No me hables, nada me agrada.)
- MEND. Y aquel gеме de carita,
¿no te incita?
- JUAN. No me incita.
- MEND. ¡Qué gentil, Sierra Nevada!
- DUQUE. Pues hablais tan declarada
contra mí, razon será
saber quién celos me da,
que le importa á mi impaciencia.
- CELIA. Pregúntelo vuecelencia
á su hermana, y lo sabrá.

ESCENA V.

El DUQUE, D. JUAN, MENDOZA.

- DUQUE. Ya qué tengo que saber
en tan gran resolucion?

Ciertas mis desdichas son,
venció el amor al poder.
Que en un pecho altivo y fuerte
impere así amor tirano!

JUAN. (Acercándose al Duque.)
Pues, señor...

DUQUE. Amigo, hermano!

JUAN. ¿Cómo te hallo de esta suerte?

DUQUE. Muerto me hallarás, don Juan;
Celia y un hombre me matan,
pues que mi muerte retratan
en los celos que me dan.

JUAN. Que hay quien hacerte pretende
competencia en ese amor?

DUQUE. Y triunfó el competidor.

JUAN. ¿Pues qué hombre tu gusto ofende?

DUQUE. Don Juan, yo no sé quién es
el que mi gusto ha ofendido,
pero sé que es preferido
á mi amor; que el interés
del estado que poseo
no ha podido aficionar
á Celia.

JUAN. Á quien llega á amar

su interés es su deseo.

Mas puedes estar seguro

de que le he de conocer,

si le quisiese esconder

la tierra en su centro oscuro.

Yo daré con el galan

que así se arrojó á ofenderte.

DUQUE. ¿Y qué harás?

JUAN. Le daré muerte.

DUQUE. Ven á mis brazos, don Juan.

Ya sé lo que tengo en tí;

pero por otro camino

más fácil me determino

á saberlo, escucha.

JUAN. Dí.

DUQUE. Yo sé que mi hermana sabe
estas cosas; y así quiero
de ella informarme primero;

mas es tan compuesta y grave,
que aún no me he determinado
por mí, y así tú has de ser
quien de ella lo ha de saber;
porque no es razon de estado,
aunque las ansias celosas
me pudieran disculpar,
llegar un hombre á tratar
con su hermana aquestas cosas,
que el ejemplo suele dar
para otro tanto licencia.

JUAN. Yo calmaré tu impaciencia.

DUQUE. Aquí viene.

(Mirando á la derecha, por donde llega Camila.)

JUAN. Vóila á hablar.

DUQUE. Mucho si por mi intercedes
á esperar de tí me atrevo:
don Juan, la vida te debo.

JUAN. Contar con la mia puedes.

ESCENA VI.

D. JUAN, MENDOZA.

JUAN. Ella es; yo al fin la he de hablar.

MEND. La hablarás, si viene á mano,
más compuesto que un hermano
que acaba de confesar.

JUAN. ¿Qué he de hacer? Quiérola bien.

MEND. Habla claro, pésia tal,
sin ser hablador mental
y mentecato tambien.
Habla: en esto del querer,
más hay que hacer que sentir,
porque no se ha de rendir
sin luchar una mujer.

ESCENA VII.

D. JUAN, MENDOZA, CAMILA, LEONIDA.

CAM. (Yo sabré de esta manera
si á mi amor don Juan aspira,

:

- JUAN. ó si por Celia suspira.)
(Declarar mi afan quisiera
y no me atrevo.
- MEND. Aquí están
ella y Leonida.
- JUAN. ¡Ay de mí!
temí al punto que la ví.
- MEND. Llega y no temas.)
- CAM. ¿Don Juan?
- JUAN. ¿Señora mia?
- CAM. ¿Qué haceis?
- JUAN. Cierta negocio traia
en que hablar á useñoría.
- CAM. Aquí estoy. ¿Qué me quereis?
- JUAN. (Mucho, pudiera decir.)
- CAM. Yo tambien tengo que hablaros.
- JUAN. Vuestro soy.
- CAM. Á preguntaros
vengo, para no mentir,
si teneis amor.
- JUAN. ¿Yo?
- CAM. Vos.
- JUAN. La verdad, ¿quién os inquieta?
- MEND. (El cabe está de á paleta;
tírale, cuerpo de Dios!)
- JUAN. No vivo tan descuidado
que no tenga á quien querer.
- CAM. Feliz será esa mujer.
- JUAN. Ménos que yo desdichado.
- CAM. Su ventura colegí
porque á vos os mereció.
- JUAN. Y mi poca suerte yo
porque no la merecí.
- CAM. ¿Conózcola yo?
- JUAN. Sí á fe.
- CAM. ¿Es mi prima?
- JUAN. No por Dios.
- CAM. ¿Es hermosa?
- JUAN. Como vos.
- CAM. ¿Quiéreos bien?
- JUAN. Eso no sé.
- CAM. ¿Qué aguardais?

- JUAN. Á declararme.
CAM. ¿No lo habeis hecho?
JUAN. No puedo.
CAM. ¿Es falta de amor?
JUAN. Es miedo.
CAM. ¿Qué os detiene?
JUAN. El despeñarme.
CAM. ¿Por qué?
JUAN. Porque tarde llego.
CAM. ¿Quiere ya bien?
JUAN. ¡Ay de mí!
CAM. ¿Qué decis?
JUAN. Pienso que sí.
CAM. ¿Aborrecedla?
JUAN. Estoy ciego.
CAM. ¿Tiene dueño?
JUAN. Ya le espera.
CAM. ¿Es fácil?
JUAN. Es principal.
CAM. ¿Y quién sois vos?
JUAN. Soy su igual.
CAM. ¿Pues qué os falta?
JUAN. Que me quiera.
CAM. ¿Es mi amiga?
JUAN. Os quiere bien.
CAM. ¿Suelo verla?
JUAN. Cada dia.
CAM. Decidme, quién es?
JUAN. Querria.
CAM. ¿Pues qué temeis?
JUAN. Su desden.
CAM. ¿Qué os hará?
JUAN. Se ofenderá.
CAM. En fin, ¿decís que hoy la ví?
JUAN. En vuestro espejo.
CAM. ¿Yo?
JUAN. Sí.
CAM. ¿Luego soy yo?
JUAN. Claro está.—
MEND. (¡Oh qué gentil letanía!)
CAM. Basta ya.
MEND. (Lindo has andado;

LEON. con la carga te has echado.)
(¿Qué hay señora?
CAM. Mi alegría
puedes mirar en mis ojos.)
MEND. (Eso sí, pique en el pecho.)
JUAN. (Á mirarla no me atrevo.)
CAM. (Honor, finjamos enojos.)
JUAN. (¿Qué dirá, que estoy mortal
y recelo su desden.
MEND. Habrále sonado bien
aunque lo reciba mal;
pero aquesto te conviene.
JUAN. Sepa al fin que suyo soy.)
LEON. (Contenta estás...
CAM. ¡Loca estoy!
LEON. Gente sale.
CAM. El Duque viene.

ESCENA VIII.

CAMILA, LEONIDA y JUAN, MENDOZA, el DUQUE, FORTUN,
TEODORO y ACOMPAÑAMIENTO.

FORTUN. Aquí mi señora está.
DUQUE. Vete, Teodoro, al momento,
y haz que pongan la carroza.
Mis pajes, mis escuderos
llama, Fortun, y que salgan
conmigo.
FORTUN. Ya te obedezco.
DUQUE. Hermana... don Juan.
JUAN. Señor...
CAM. ¿Pues á dónde tan contento,
ó á lo ménos tan aprieta?
DUQUE. Á pedirte albricias vengo.
CAM. Á mí albricias? ¿pues de qué?
DUQUE. Anúncianme en este pliego
que acaban de darme ahora,
que ya el Marqués de San Telmo
tu esposo, llega á Florencia,
y salir quiero á su encuentro,
como es justo, á recibirle.

¿Ves qué dicha? ya el contento
se retrata en tu semblante.

¿Cómo no? ¡Feliz suceso!

¡Nueva feliz!

CAM. (Esforzándose por contener su emoción.)

Venturosa.

JUAN. ¿No te alegra?

CAM. Por supuesto...

(¡Ay mujer más desdichada!)

JUAN. (¡Oh desdicha! á qué buen tiempo
le dije mi amor, Mendoza.)

FORTUN. Ya está la carroza.

DUQUE. Bueno.

Á hospedarle te apercibe.

¿Pues qué haces que en el momento,

Camila, no te dispones

á solemnizar el hecho

con las prevenciones dignas

de tan alto caballero?

Parece que con tibieza

me escuchas.

CAM. No pienses eso...

Sea el Marqués bien venido;

mil años guárdele el cielo.

DUQUE. Mil años goceis entrambos

la ventura que os deseo.

Me esperan. Adios, don Juan.

Mi alegría partir quiero

contigo. ¿Hiciste mi encargo?

Que no le olvides te ruego.

ESCENA IX.

CAMILA, LEONIDA, D. JUAN, MENDOZA.

CAM. (¡Qué pesar!

JUAN. ¡Qué desventura!

LFON. Convulsa está; don Juan trémulo...

¿No le ves?

CAM. Viéndole estoy:

irme sin hablarle quiero.)

MEND. (¿Qué dices de esto? ¿no hablas?

- JUAN. Velas, duermes, haces gestos?
Velo, duermo, sufro, callo,
amo, olvido, rabio, peno,
huyo, sigo, siento, lloro,
ardo, lucho, vivo, muero,
y no tiene el infierno
más ansia, más dolor, ni más tormento.)
- CAM. (Turbada estoy. ¿Qué he de hacer?
Amor y lástima tengo
á don Juan; mas soy agena;
irme quisiera, y no acierto,
¡qué blandamente me mira!
¡qué sentido! ¡qué discreto!
¡qué enojado! ¡qué celoso!
¡qué enamorado! ¡qué tierno!
Casi estoy por declararme.
Afuera, respetos necios;
afuera, silencio ingrato;
afuera, cobarde miedo;
sepa don Juan que le adoro,
y sepa... ¿pero qué intento?
¿Qué locuras son las mias?
si al fin me he de unir á Arnésto
y don Juan ha de perderme,
¿para qué puede ser bueno
darle á entender mis flaquezas?
Mejor es; yo me resuelvo,
aunque martirice el alma,
á decirle que me ofendo
de sus locas pretensiones;
viva mi honor aunque muero.)
Oye, don Juan.
- JUAN. ¿Qué me mandas?
- CAM. Denantes tu atrevimiento
ya te acuerdas que fué mucho.
- JUAN. Sólo, señora, me acuerdo
que tú tuviste la culpa,
aunque la pena padezco.
- CAM. ¿Yo la culpa? ¿Estás en tí?
- JUAN. Pienso que no.
- CAM. Así lo creo.
Pues dime, ¿qué libertad

has visto en mi casto pecho?
¿Qué ocasion te dan mis ojos?
¿Qué novedad ves en ellos?
¿Qué apariencias, qué favores,
qué esperanzas, qué deseos,
qué palabras, qué señales,
para que atrevido y necio,
á mi decoro te atrevas,
y me pierdas el respeto?

JUAN. ¡Bueno está mi honor contigo!
De tus locos pensamientos
soy ocasion yo? ¿soy causa?
Sí, Camila; que si el sexo,
la libertad, la cordura,
el alma, el entendimiento,
las potencias y sentidos,
el gusto, la vida, el sueño
me quitan tus bellos ojos,
cuyas luces reverencio,
tú y ellos tencis la culpa.

Yo los ví, pluguiera al cielo
que ántes un leon de Albania
como á humilde conejuelo
me deshiciera en las uñas,
y un tigre manchado á trechos
hartándose de mi sangre,
bordára con grana el suelo!

Pero ya fué suerte mia;
no de tí, de ella me quejo.
Consiénteme aqúeste amor,
pues yo tambien te consiento
que con Arnesto te cases;
y si pretendes que ofendo
tu virtud con adorarte,
aquí tienes este acero:
toma venganza á tu gusto,
pásame con él el pecho;
humilde á tus piés estoy.

CAM. (Ay, Leonida, ¿no oyes esto?
qué diamante habrá tan duro,
y qué mujer tan de acero,
que le escuche y no se ablande

á las ansias ó á los ruegos?)
¿Don Juan?

JUAN. ¿Qué quieres?

CAM. No sé.

Llégate mas.

JUAN. Ya me llego.

CAM. ¿Que tanto es tu amor, don Juan?
Pues yo en fin... yo... te agradezco
el noble amor que me tienes.

JUAN. Con eso me has satisfecho
aunque en tu vida me mires.

CAM. Soy principal.

JUAN. Ya lo veo.

CAM. Viene Arnesto.

JUAN. Ya lo sé.

CAM. He de amarle.

JUAN. Ya lo tiemblo.

CAM. No puedo atreverme á mas.—

Pero por lo que te debo,
para templarte la pena
quisiera darte un consejo.
Mira, don Juan, del amor,
el mismo amor es remedio.

JUAN. ¿Cómo?

CAM. Amando en otra parte.

Pon los altos pensamientos
en otra dama cualquiera,
y mírala con deseo
de que te agrade, y verás
cómo te va divirtiendo,
y me olvidas poco á poco.

JUAN. Yo olvidar, ¿qué estás diciendo?

CAM. Yo enamorarte procuro:
dar más natural empleo
á tu amor... (asegurarle
para mí es lo que yo quiero.)
¿No hay alguna que te agrade?
Damas en palacio tengo...
(Citaréle las mas feas.)
Doña Hipólita Vicencio
puede aficionar al sol;
ojos graves, cabos negros...

- CAM. ¡No ha de ser! ¿Pues tú lo dudas?
Á mí me ha dicho en secreto
que está perdida por él;
¿entiendes, don Juan?
- JUAN. Entiendo.
- CAM. Deja, pues, tranquila á Celia,
que ya Celia tiene dueño.
- JUAN. Qué me place que así sea.
(Sin duda al Duque mintieron.)
Mas volviendo á mi desdicha,
ya he imaginado un remedio,
aunque muy costoso al alma,
para no vivir muriendo.
- CAM. ¿Y cuál es?
- JUAN. El de no verte.
- CAM. No me parece que es bueno.
- JUAN. Antes sí, pues no he de estar
viendo á mis ojos ¡ay, cielos!
mis agravios y tus gustos,
que en estos días primeros
claro está que serán grandes.
- CAM. Harto al revés los espero.
- JUAN. Yo me iré, Camila hermosa,
yo me iré, donde muy presto
tengas nuevas de mi muerte;
que ya que sirvo sin premio,
no he de ser Tántalo amante
del cristal que no merezco.
Tu esposo vendrá esta noche,
ya parece que le veo;
recibirásle cortés,
mirará tus ojos bellos,
abrasarále de amor,
dará priesa al casamiento,
tratarálo con el Duque,
firmaránse los conciertos,
y por dicha ó por desdicha
seré yo testigo de ellos,
pero no de lo demas.
- CAM. ¿Pues qué harás?
- JUAN. De tí me ausento.
- CAM. ¿Para siempre?

- JUAN. Para siempre.
CAM. (Otro golpe más; qué espero?)
¿Que así me dejas, don Juan?
JUAN. Adios, pues.
CAM. Qué adios tan seco,
cuando dices que es el último!
JUAN. Huir tu presencia debo.
CAM. No huyas de ella; yo, don Juan,
te lo mando... te lo ruego.
JUAN. ¿Pues qué he de hacer?
CAM. Esperar.
JUAN. No tengo qué.
CAM. Yo sí tengo.
JUAN. ¿Y en qué esperanza me animo?
CAM. En la misma que yo aliento.
JUAN. ¿Tú, señora?
CAM. Yo, don Juan.
JUAN. ¡Qué escucho!
CAM. ¡Ingrato!
JUAN. ¿Qué es esto?
CAM. Esto es morir, porque yo...
yo... te estimo... yo te quiero...
yo te... yo te amo, don Juan..
JUAN. ¡Ay, señora! Á qué mal tiempo
sé que te debo ese amor!
CAM. Mi honor le tuvo encubierto!
JUAN. ¡Bendita mil veces seas
por todo el bien que me has hecho!
CAM. ¿No te quedarás?
JUAN. Repara
en que entrambos nos perdemos;
tú me quieres, yo te adoro,
tú te casas, yo te pierdo;
¿pues qué hemos de hacer los dos
penando, amando y sufriendo?
¿No será mejor no verte?
CAM. Sí, pero es fuerte remedio...
¡Ay don Juan del alma mía,
en qué de penas me has puesto!
Salid, lágrimas, salid! (Alejándose de D. Juan.)
MEND. (Á D. Juan.) Vuelve los ojos.
JUAN. Ya veo.—

(Acercándose á Camila.)

¿Háste hecho mal en los ojos?

CAM. No sé qué me tengo en ellos.

LEON. Gente llega.

CAM. Adios.

JUAN. Adios.

La muerte en el alma llevo.

(Volviendo de pronto.)

Un favor quiero pedirte;

es el único, el postrero!

CAM. ¿Quién resiste á tu humildad?

¿Qué quieres?

JUAN. Dame ese lienzo.

CAM. Este lienzo... ¿pues qué tiene?

JUAN. Mil tesoros encubiertos.

CAM. Toma con él esta joya.

JUAN. Dulce memoria!

(Suenan disparos de cañon á lo lejos.)

CAM. ¿Qué es esto?

LEON. Esa es la salva que hace
Florencia al recibimiento
de tu esposo.

VOZ. (Dentro.) Plaza al Duque;
plaza al Marqués de San Telmo.

MEND. Ya se acercan.

JUAN. ¡Fiera suerte!

CAM. ¡Qué desdicha!

JUAN. ¡Qué tormento!

CAM. ¡Que así te pierda, don Juan!

JUAN. ¡Qué ha de ser su esposo Arnesto!

LEON. Mira que llegan, señora.

MEND. Aquí están ya.

JUAN. Esto es hecho!

CAM. Mucho tengo que llorar.

JUAN. ¡Muerto estoy!

CAM. ¡Sin alma quedo!

(Se abren las puertas del fondo, apareciendo el Duque, conduciendo al Marqués de la mano, y acompañamiento de señoras, caballeros, escuderos y pajes. Camila sale al encuentro de su hermano: D. Juan desaparece por la derecha. Cuadro.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala en Palacio correspondiente á las habitaciones de Camila.

ESCENA PRIMERA.

LEONIDA, MENDOZA.

MEND. Leonida.

LEON. Mendoza amigo.

MEND. Qué me place hallarte sola.

LEON. ¿Pues tú te atreves á entrar
en esta estancia á esta hora?

MEND. En esta estancia...

LEON. Grande es
tu atrevimiento, Mendoza.

MEND. ¿Pues qué hay?

LEON. Hay que ya está
recogida mi señora.

MEND. ¿Tan temprano?

LEON. Ya es entrada
la noche.

MEND. ¡Miren qué cosa!

¿Pues ya olvidas que la noche
es de amantes protectora?
Ademas que aún no son dadas
las nueve.

LEON. Eso no importa.

Mi señor el Duque quiere
que todos hoy se recojan
temprano.

MEND.

¿Por qué?

LEON.

Lo ignoro.

Basta que él lo mande.

MEND.

Y sobra.

La llegada de este huesped
todo lo altera y trastorna.

LEON.

Lo que el tal señor nos cansa...

MEND.

Pues haced que él lo conozca.

LEON.

¿Pues qué se alcanza con eso?

MEND.

Que se vaya por la posta.

LEON.

Nada en eso se consigue.

MEND.

Ménos en lo otro se logra.

LEON.

Mi señora en don Juan piensa.

MEND.

Él sueña con tu señora.

LEON.

Ella vigila sus pasos.

MEND.

Él es de su cuerpo sombra.

LEON.

Miéntras el Marqués nos cela,
y en torno á esta estancia ronda.

MEND.

Y mi señor entre tanto
reniega de su persona.

LEON.

Á visitarnos vendrá
esta noche.

MEND.

Oh! Marqués posma!

LEON.

Mi señora siente al verle
ansias, sustos y zozobras.

MEND.

Mi señor lo ve, no ménos
que entre penas y congojas.

LEON.

Qué diera ella por huir
visitas tan enojosas!

MEND.

Qué diera él por ser testigo
de cuanto tratan á solas!

LEON.

Ella en fin llora y suspira.

MEND.

Él en fin suspira y llora.

LEON.

¡Cómo ha de ser! Es preciso.

MEND.

¡Paciencia! Á la fuerza ahorcan.—

Pues yo á anunciarte venia...

LEON.

Nada me anuncies, Mendoza.

MEND.

Mi señor trata...

LEON.

Imposible.

- MEND. Pide...
LEON. Petición ociosa.
MEND. Demanda...
LEON. No puede ser.
MEND. Solicita...
LEON. Punto en boca.
MEND. Mira mi humildad.
LEON. Soy ciega.
MEND. Oye mi ruego.
LEON. Soy sorda.
MEND. Mira que me voy.
LEON. Pues vete.
MEND. Para no volver.
LEON. ¡Qué posma!
MEND. Con qué frialdad me escuchas.
LEON. Con qué pesadez me acosas.
MEND. Mi señor quiere...
LEON. ¿Qué quiere?
MEND. Hablar con tu ama á solas.
LEON. ¿Con qué fin?
MEND. Con el de hablarla.
LEON. ¿Pues dónde?
MEND. Aquí.
LEON. ¿Cuándo?
MEND. Ahora.
LEON. Á tal hora y en tal sitio
es pretensión licenciosa.
MEND. ¿No viene á verla el Marqués?
LEON. El ser su esposo le abona.
MEND. Aún no lo es.
LEON. Lo será;
y no insistas más, Mendoza.—
Ya se murmura en palacio
de estas pretensiones locas.
Se habla de don Juan, y corre
su nombre de boca en boca.
Si el Duque mi señor sabe...
Si el marqués Arnesto nota...
Mi señora, en fin, se debe
al lustre de su persona.
Ella habita en esa estancia;
Celia, su prima, en esotra;

ESCENA II.

El MARQUÉS, LEONIDA y LUCINDO.

- MARQ. (Á Lucindo.)
Este es criado de aquel
don Juan.
- LUC. Él así se nombra.
- MARQ. (Qué hombre es este? Ello dirá.)—
Oh! Leonida! Á tu señora
hablar quisiera, si ya
mi presencia no la enoja.
- LEON. Vos sois siempre aquí esperado,
y llegais siempre á buen hora.
Daré aviso.
- MARQ. Aquí sus órdenes
aguardaré.
- LUC. Linda moza.

ESCENA III.

El MARQUÉS, LUCINDO.

- LUC. Bella ciudad es Florencia.
- MARQ. No la tiene el mundo igual;
pero váme en ella mal;
devórame la impaciencia.
- LUC. ¿De qué?
- MARQ. No sé... ¡pena insana!
Descontento estoy conmigo.
- LUC. Bien trata el Duque contigo.
- MARQ. Harto mejor que su hermana.
- LUC. Pues qué, ¿no te mira bien?
- MARQ. Parece que no le agrado.
- LUC. Rubor es ese, no enfado.
- MARQ. Yo presumo que es desden.
Mas su desden, en verdad,
poco me importa veneer,
que á ella me arrastra el deber
pero no la voluntad.
Mi padre trató esta union,

y yo, que su orden acato,
de Camila indagar trato
el gusto y la inclinacion.

LUC. ¿Y cuándo te casarás?
MARQ. Cuando Camila quisiere,
que será cuando estuviere
más tratable.

LUC. ¿En eso das?

MARQ. Mi padre el Marqués trató
darme con Camila estado;
y yo obediente y postrado
á la orden que me dió,
llegué á Florencia, y Clenardo
á recibirme salió;
ya sabes lo que me honró.
Entré en la ciudad gallardo,
en un valiente alazan
de aquellos que alienta y cria
la yerba de Andalucía;
tan airoso, tan galan,
tan corpulento y bizarro,
que al verle peinar el suelo,
pudo codiciarle el cielo
para el tiro de su carró.
Ví á Camila más hermosa
que la Vénus que en altares
Chipre, con rosas y azahares,
venera por madre y diosa;
con el cabello esparcido,
por más gala ó más decoro,
pareció diamante en oro;
allí el travieso Cupido
que preso en ellos vivía,
tal vez la frente besaba,
y con los rizos jugaba
hasta que los deshacía.
De un ébano trasparente
su arquitectura formaban
las cejas, que se apartaban
por dividir cada oriente.
Negras las pestañas fueron
entre oscuros arboles;

mas ¿qué mucho, si á sus soles
tantos años anduvieron?
En los ojos no quisiera
hablarte, por no ofender
la majestad de su ser:
no tiene en la octava esfera
el cielo dos luminarias,
dos antorchas, dos estrellas,
con más alma en sus centellas,
si bien á mi amor contrarias.
Las blancas manos, en fin,
sacó entre varios diamantes
de la cárcel de sus guantes,
con diez hojas de jazmin;
y tanto las admiré
cuando su luz advertí,
que despues que se las ví
de la cara me olvidé.
Miróme su cielo hermoso,
y con ser cielo estrellado,
para mí estuvo nublado
por no decir riguroso.
Llegué abrazarla; aquí fué
á donde más me perdí,
porque en sus estrellas ví,
si no fué que me engañé,
que en mil perlas se anegaban:
sus ayes las comprimian;
y aunque salir no podian
á los ojos se asomaban.
Luégo al darme los abrazos
que la ocasion permitia,
fué con tan poca alegría
y tan caidos los brazos,
que en sus desvíos y enojos
conoci su sequedad;
que una tibia voluntad
en el mirar de los ojos,
en la risa, en las acciones
se conoce y se declara;
que siempre ha sido la cara
fiscal de las intenciones.

Camila, en fin, me desprecia;
ella sabe la razon:
violentar su inclinacion
fuera en mí pretension necia.
Que la más flaca mujer
en llegando á enamorarse,
de su ser suele olvidarse
y una roca suele ser;
y al revés, la más honrada
y que más honor profesa,
si en la cama y en la mesa
mira á un hombre que le enfada,
ya que con la ejecucion
por su virtud no le ofenda,
no hay honor que la defienda
del deseo ó la intencion;
y en llegando á desear
ó á intentar una mujer,
mucho honor ha menester
para no se despeñar.

LEON. Y si te obliga Clenardo,
¿qué has de hacer?

MARQ. Procuraré
entretenerle, y diré
cómo por horas aguardo
á mi padre, que desea
hallarse en mi casamiento:
y entre tanto el pensamiento,
la vista, el alma y la idea
se informarán con recato
de su pena y sus enojos.

ESCENA IV.

CAMILA, LEONIDA, MARQUÉS Y LUCINDO.

LEON. (Aquí está.)
(El Marqués se retira al fondo con Lucindo.)
CAM. (¡Llorad, mis ojos!)
LEON. (Descansa siquiera un rato;
mira que de esa manera
te vas echando á perder,

- porque darás á entender...)
- CAM. Ay, Leonida! Á Dios pluguiera
que mi dolor fuera tanto
que la vida me quitara,
y su fuerza me anegara
en el cristal de mi llanto!
¿Piensas tú que yo no advierto
que este amor ó esta locura
ofende mi compostura,
y que ha sido desconcierto
de mi valor natural
que liviana me enamore,
que ruegue, suspire y llore,
y en efecto, que esté tal,
¡ay Dios! que no me ha faltado
sino echarme un lazo al cuello?
Yo lo sé, pues que por ello
mi triste honor ha pasado.
Ya lo he llorado, Leonida;
pero en tormento tan claro,
¿qué importa hacer el reparo,
despues de dada la herida?
Ya no hay remedio que importe,
ya miré, ya quise bien.
- LEON. (Sí; pero advierte tambien
que en mujeres de tu porte
son culpables los extremos
aunque sean naturales.)
- CAM. (Las mujeres principales
no hablamos tambien? ¿no vemos?
¿Somos de piedra?)
- LEON. (Viendo al Marqués que se adelanta hácia Camila.)
(Señora,
tu esposo está aquí.)
- CAM. (¡Dios mio!)
- MARQ. (¡Impenetrable desvío!)—
Llego... (Inclinándose delante de Camila.)
- CAM. Llegais en buen hora.
- MARQ. Temo en mal hora llegar.
- CAM. ¿No os hallais bien en Florencia?
- MARQ. Sí tal.
- CAM. Sentireis la ausencia

- de vuestra patria, y estar
con poco regalo aquí.
- MARQ. Bien me hallo aquí, aunque siento
veros con poco contento.
- CAM. Esto es condicion en mí;
y en mi falta de salud
mi gran contento se estrella.
- MARQ. Enferma andais en tan bella
y lozana juventud?
Sentaos, por vida mia,
que no es bien veros en pie;
si ya no es tarde...
- CAM. No á fe,
vuestra soy.
- MARQ. Eso querria.
No os sentais?
- CAM. ¿Ya no me siento? (Siéntanse.)
- MARQ. Hablaros quiero en mi amor
si no os canso.
- CAM. No señor.
(Ay, Leonida, no hay tormento
como el haber de escuchar
un hombre que desagrada.)
- MARQ. Pienso que estais disgustada.
- CAM. ¡Jesús! De ello no hay que hablar.
- MARQ. Que sufris estoy pensando.
- CAM. Hánme dado aquestos dias...
- MARQ. ¿Pesares?
- CAM. Melancolias;
y suelen de cuando en cuando
oprimirme el corazon.
- MARQ. Y despues que yo he venido
creció el mal? Desdicha ha sido.
(Ciertas mis sospechas son.)

ESCENA V.

CAMILA, LEONIDA, MARQUÉS, D. JUAN, MENDOZA.

- MEND. (Apareciendo en la puerta del fondo conteniendo
á D. Juan.)
(Tente, señor.)

- JUAN. ¡Suerte esquiva!
- MEND. Espera.
- JUAN. Ya no hay que espere;
si tan desgraciado fuere
montes habrá donde viva;
porque ver y no alcanzar
será muerte para mí.
- MEND. ¿Y no es mejor esperar
á que se duela de tí?)
- MARQ. (¿Qué es esto?)
- CAM. (¡Cruel pesar!
- LEON. Don Juan, señora.
- CAM. Ya veo
la causa de mi deseo.)
- JUAN. (Con su esposo está, Mendoza.
- MEND. El llevará gentil moza;
qué talle, qué olor, qué aseo!
- JUAN. ¡Que esto mire y con mis manos
no me mate?
- MEND. Ten prudencia.
- JUAN. Ah, celos, de amor tiranos!
- MEND. Pues en Dios y en mi conciencia
que están como dos hermanos.)
- MARQ. Si acaso á enojaros llego,
iréme.
- CAM. Sois muy galan.
- (Aparece Celia, puerta tercera.)
- MEND. (¿Celia aquí? se rompió el fuego.)

ESCENA VI.

GAMILA, LEONIDA, CELIA, INÉS, D. JUAM, MARQUES,
MENDOZA.

- INES. (Que así vas tras de don Juan?
- CELIA. Perdido traigo el sosiego.
Con mi prima hablaba ayer
y en mi amor debió de ser;
algo tierno me ha mirado,
sin duda se lo ha contado.
¡No hay tan dichosa mujer!)
Señor don Juan?...
- JUAN. Don Juan soy,

- pero no señor don Juan.
- CELIA. (Loca de contento estoy.
Ya como dueño y galán
puedo tratarle desde hoy.)
- INES. Él lo dice, pues te advierte
que con ménos cortesía
le hables.
- CAM. (Celia!... Ah, triste suerte!
Si amor con celos porfía,
vencerá el honor más fuerte.)
- MARQ. ¿No me entendéis?
- CAM. Ya os entiendo...
(Válgame Dios, qué estoy viendo!
Celia con don Juan está.)
Mi hermano en eso podrá
disponer.
- MARQ. Yo no pretendo
cosa que vos no queráis.
- CELIA. (Hablando con D. Juan.)
Yo os agradezco el favor.
- CAM. (¿Qué hablan?)
- CELIA. Mucho me honrais.
- JUAN. Digo que sé vuestro amor.
- CELIA. Por mil años lo sepais.
- JUAN. Camila me lo ha contado;
si miento, de ella lo sé.
- CELIA. En todo habeis acertado.
(Lindo camino tomé
para lograr mi cuidado.)
Pues su nombre conocéis,
en mi nombre le llevad
esta banda.
- CAM. (¿Ojos, qué veis?)
- CELIA. Y en ella mi voluntad
más declarada vereis.
- JUAN. Como si yo hubiera sido
el dueño de este favor
le agradezco.
- CAM. (Ah, fementido!
falso, perjuro, traidor!)
- CELIA. Notable suerte he tenido.
- MARQ. Algun dolor os ha dado;

- si no es secreto cuidado,
que así de mí os recatais?
CAM. Yo... señor...
MARQ. Inquieta estais.
Pues aún no me he desposado,
por no enojaros me voy,
que ya la noche es entrada...
CAM. Vuestra razon no es fundada,
sabiendo, Marqués, quién soy.
MEND. Estais con tanto disgusto...
CAM. No tal; llamadle recato.
MARQ. Si vos tuviérades gusto...
CAM. Donde no hay amor ni trato,
nunca el recato fué injusto;
si no es que como á mujer
comun me quereis tratar;
pues que vinisteis ayer,
y ya debeis de pensar
que os tardo mucho en querer.
MARQ. (Observando de reojo á D. Juan, que ocupa último
término con Celia.)
(Dáme este hombre desvelos.)
Vendré á veros más despacio.
(Saludando y desapareciendo por el fondo.)
(Jurára que tengo celos;
yo hasta aclarar mis recelos
Argos seré de palacio.)

ESCENA VII.

CAMILA, CELIA, LEONIDA, D. JUAN, MEMDOZA.

- CAM. En mi casa y á mis ojos...
LEON. Advierte...
CAM. Nada me adviertas.
JUAN. Vuestro soy, Celia.
CAM. ¿Qué es esto?
¿Qué conformidad es esa?
¿Qué haceis los dos de esta suerte?
MEMD. (¡Oh, qué ojazos que les echa!)
JUAN. No era cosa de importancia;
estábame dando cuenta

- Celia...
- CAM. ¿De qué?
JUAN. De su amor;
y como yo...
- CAM. De manera,
que estarte Celia contando
muy á lo tierno sus penas,
¿no era cosa de importancia?
- JUAN. ¿Pues no es bien que yo lo sepa?
- CAM. ¿Siendo Cleonardo tu amigo?...
- JUAN. Pues eso...
- CAM. ¿Hay tal desvergüenza?
¿Y es esa buena amistad?
- CELIA. ¿Pues prima, de que te alteras?
No he tratado yo contigo
estas cosas?
- CAM. ¡Norabuena!
Oh, qué presto os concertásteis!
- CELIA. Tú no me dijiste...
- CAM. ¡Necia!
Déjame ya.—Y tú, villano,
(Cogiendo de la mano á D. Juan y llevándole á un
extremo.)
sin honor y sin nobleza...
- JUAN. ¿Qué es lo que dices, señora?
- CAM. Si sabes que Celia es prenda
de mi hermano...
- JUAN. Pues yo acaso...
¿amo ó solicito á Celia?
- CAM. ¿Oh, qué bien, por vida mia?
- JUAN. Eso es probar mi paciencia.
- CAM. ¿Pues no la hablabas de amor?
- JUAN. Yo, señora?
- CAM. ¿Ahora lo niegas?
¿Si divertirse querías
de mi amor, no hay en Florencia
hartas mujeres, don Juan?
¿Mi casa ha de ser por fuerza
tercera de tus deseos?
Pues si la vida me cuesta
me he de vengar, enemigo!
- JUAN. ¿Luego de Celia sospechas

- en tu agravio?
- CAM. No sospecho;
que quien sospecha, recela;
y quien recela, está en duda
pues puede ser que no sea;
mas yo lo sé claramente.
¿Ese es tu amor, tu firmeza?
Mírame, ingrato, á la cara;
¿qué te dió denantes Celia?
- JUAN. ¿Á mí, señora?
- CAM. Á tí, pues.
- JUAN. Pienso que esta banda...
- CAM. ¿Piensas?
- Como si no lo supieses.
- JUAN. No te entiendo.
- CAM. ¡Qué inocencia!
- JUAN. Como no era para mí.
- CELIA. Basta ya, Camila; piensa
que no eres mi madre tú
para que con tanta fuerza
te informes de mis costumbres;
que es demasiada licencia,
y aun parece...
- CAM. Ten el labio.
- CELIA. Porque en tu casa me tengas
no me has de tratar así;
que en efecto soy tan buena...
- CAM. Como yo, pero más libre.
Pues dime, ¿tan grande ofensa
ha sido ver esta banda?
¿No puede ser que yo quiera
hacer otra para dar
á Arnesto, y sacar la muestra
del dibujo y los colores?
Por cierto que está bien hecha;
bien sale el oro en lo azul.
Aquí parece que hay letras:
«Don Juan,» dice: bueno á fe!
- JUAN. No puede ser.
- CAM. ¿No? pues llega,
deletrea, por tu vida:
deletrea, deletrea!

- Una D y un punto; esta
cifra es del don, ¿no es así?
Esta es I, no de las griegas,
llámase larga en Castilla;
U pienso que es la tercera;
la cuarta es A, ¿vas conmigo?
Ven, que quiero que la leas;
la quinta es N; que todas
si las juntas y conciertas
dicen «Don Juan» ¿Háslo visto?
Ahora serán quimeras
las mias, ó desengaños?
JUAN Serán engaños de Celia,
ó serán desdichas mias;
mas déjame hablar con ella,
y tu verás...
- CAM. ¿Qué es hablar?
¿Luego entiendes que has de verla
en tu vida? vete luego,
no estés más en mí presencia.
- CELIA. Camila!...
- CAM. Sal tú tambien.
- JUAN. Si la cólera te ciega...
- CELIA. ¿No te vas?
- JUAN. Oye primero.
Diga Celia...
- CAM. Deja á Celia.
- JUAN. ¿Celia?
- CAM. Más Celia tenemos!
- MEND. (Oh! qué brava polvareda
se ha levantado.)
- CAM. Esta banda,
¿no fué prenda tuya?
- CELIA. Y prenda
de amor.
- CAM. ¿Y á don Juan la diste?
- CELIA. A don Juan.
- CAM. ¿Y aún lo confiesas?
- JUAN. Pero yo...
- CAM. Ya sé que tú
estás de acuerdo con ella.
- JUAN. Óyeme.

CELIA. Nada me digas.
JUAN. Advierte...
CAM. Nada me adviertas.
JUAN. Yo soy...
CAM. Alevel!... traidor!
JUAN. Oye.
CAM. Sin fe y sin nobleza.
CELIA. No le trates mal.
CAM. Sí quiero.
JUAN. Señora!..
CAM. Deten la lengua.
CELIA. Yo le defiendo.
CAM. Qué dices?!
¿Tú vuelves por él? Pues necia,
por eso mismo, por eso,
le arrojé de mi presencia.
Sal de aquí, ¡villano... vil!—
No me hables.
MEND. Gente llega.
LEON. Señora, el Duque.

ESCENA VIII.

CAMILA, CELIA, LEONIDA, INÉS, el DUQUE, D. JUAN, MEN-
DOZA.

DUQUE. ¿Qué es esto?
¿Pues tú, hermana, descompuesta,
y con don Juan?
CAM. Yo, señor...
CELIA. Si con don Juan no estuvieras
tan terrible...
CAM. Celia, quedo;
y ante mí, como hablas piensa.
Hermano y señor, yo quiero
dar orden, con tu licencia...
DUQUE. En tu estancia, hermana, estás;
tú sola mandas en ella.
CAM. Salios todos de aquí.
CELIA. ¿Yo también?
CAM. Tú la primera.
JUAN. (¡Que esto escuche!)

CELIA. (¡Que esto sufra!)
JUAN. (Calma, amor.)
CELIA. (Amor, paciencia.)

ESCENA IX.

CAMILIA y DUQUE.

CAM. (Confuso tengo á mi hermano.)
DUQUE. Qué es esto? Habla.
CAM. Es tan inmensa
la pesadumbre que tengo,
hermano y señor, que apenas
puedo hablar.
DUQUE. ¿Hánte ofendido?
CAM. Ese don Juan... que en su tierra
debe ser un hombre bajo...
DUQUE. ¿Qué dices?
CAM. Pretende á Celia;
y aunque sabe que la adoras,
ella atrevida y resuelta
le corresponde.
DUQUE. Qué escucho?
¿Con Celia don Juan?
CAM. Con ella.
Él la solicita.
DUQUE. ¡Ingrato!
Imposible.
CAM. ¿Quieres prenda
que á tus ojos patentice
su traicion y nuestra ofensa?
Aquí la tienes.
(Mostrándole la banda.)
DUQUE. ¿Qué es esto?
CAM. No ves? una banda es esta
que Celia á don Juan ha dado;
y con letras de oro y seda
su nombre dice en mil partes.
No ves?... ¿no ves cuántas letras?
Pues todas dicen su nombre;
todas, y cada una de ellas
dicen don Juan.

Jesús... señor! ni lo pienses.

DUQUE. Otra mi venganza sea.

CAM. Sí, por Dios!

DUQUE. Ya lo he pensado;
mejor es que de Florencia
salga mañana.

CAM. Es mejor.

DUQUE. Esa es venganza más cuerda.
Quédate adios; tarde es ya;
que te recojas es fuerza
en tu cuarto, y de esas cuerdas
cerradas queden las puertas.
Celia habita en esa parte,
es niña y don Juan la acecha,
y con hombres como él
no está demas la cautela.
Por otra parte, no quiero,
ni es justo que el Marqués vea
que hay á deshora en palacio
amantes correspondencias;
que si te halla desvelada
cuando á ser tu esposo llega,
algo podrá sospechar
de tu nombre, hermana, en mengua.
Yo cierro aquí. Buenas noches.
En paz, Camila, te queda.

ESCENA X.

CAMILA.

¡Triste de mí! ¡Qué he hecho yo!
Don Juan se va; y de su ausencia
soy yo causa; yo le arrojé
de aquí despiadada y ciega;
mas también fuera peor
verle, si ageno le viera.
Loco amor!... ya estoy rendida;
no hay quien de tí me defienda.
Guárdese la más altiva
de abrir una vez la puerta
á este rapaz, que despues

no aprovechan resistencias;
porque ve por otros ojos,
oye por otras orejas,
gusta por otros sentidos,
obra por otras potencias,
y en efecto, toda el alma
tiene en voluntad agena.

ESCENA XI.

CAMILA, LEONIDA.

- LEON. Ay, señora!
(Llegando por la habitacion de Camila.)
- CAM. Pues, Leonida,
¿qué traes?
- LEON. Traigo malas nuevas.
- CAM. ¿De don Juan?
- LEON. ¿De quien si no?
- CAM. No las digas.
- LEON. Cuando sepas...
- CAM. No me trates en don Juan.
- LEON. ¿Sabes ya cómo se ausenta
de aquí? Por tu hermano sale
arrojado de Florencia.
- CAM. (Con severa expresion.)
Hora es ya de recogerse;
mata esas luces y entra
delante.
- LEON. Si como yo
le acabo de ver le vieras...
- CAM. ¿Otra vez?
- LEON. Aún sus palabras
en mis oidos resuenan.—
«Á buscar la muerte voy,»
dijo; el dolor le enagena.
Se va y el dolor le mata;
ten de su dolor clemencia.
(Ya se ablanda.)
- CAM. Pues en dónde
viste á don Juan?
- LEON. Aquí cerca.

- CAM. ¿Á buscarle fuiste?
LEON. ¡Vaya!
¿Pues soy yo acaso de piedra?
Cuando por tí despedido
de aquí salió, por la puerta
de tu aposento me fui
tras él.
- CAM. Fué mucha licencia.
LEON. ¿Le hablaste?
Seguí sus pasos
no mas.
- CAM. Eso norabuena.
LEON. Y lo que he visto diré,
si decírtelo me dejas.
- CAM. En dejándote á tí hablar...
LEON. ¡Vaya pues!... Dí lo que quieras.
Volvíame yo, y hallé
al Duque junto á esa puerta.
Encontróse con don Juan,
y con voz pausada y seca
exclamó: «Salid al punto
desterrado de Florencia.»—
¿No es crueldad?
- CAM. Es justicia.
LEON. ¿Qué hacer?
CAM. Lo que el Duque ordena.
LEON. ¿Cuál es su culpa?
CAM. Ser falso.
LEON. Calumnia.
CAM. No le defiendas.
LEON. ¿Háte ofendido?
CAM. En el alma.
LEON. ¿En qué?
CAM. En esta banda... en esta.
LEON. ¿Qué dice esa banda?
CAM. Amor.
LEON. ¿Pues quién lo acredita?
CAM. Celia.
LEON. Celia, él? Mira, señora,
que te engañas, que estás ciega.
Ella le sigue, él la huye.
Há un instante, por la reja

que á esa galería cae
hablando le ví con ella,
y de sí la despedía
diciendo de esta manera:
«El Duque, tu primo, vive
esclavo de tu belleza;
en otra, á quien fiel adoro,
el alma dejó yo presa.
Las penas del Duque calma,
déjame á mí con mis penas.»
Esto escuché.

- CAM. (Alma, albricias!)
Qué me pides por la nueva
que me das?
- LEON. Pedirte intento
sólo un favor.
- CAM. Cuanto quieras.
- LEON. Don Juan se parte de aquí
y hablarte al partir desea;
que le escuches aquí pido.
- CAM. Leonida, ¿qué es lo que intentas?
- LEON. Ya tu orden espera.
- CAM. ¿Dónde?
- LEON. Delante está de esa puerta.
- CAM. Imposible.
- LEON. Yo te imploro,
y él sufre, se humilla y ruega.
Mi hermano cerró.
- CAM. Yo abro...
- CAM. Tente, por Dios! ¡qué imprudencia!
- LEON. Por esotra puerta...
(Dirigiéndose á la habitación de Camila.)
- CAM. Aparta;
no entrará nunca por ella
otro que mi esposo.
- LEON. Entónces
por aquí... Temores fuera.

ESCENA XII.

CAMILA, LEONIDA, D. JUAN. MENDOZA en el fondo con
Leonida.

LEON. ¿Don Juan? (Á media voz.)
JUAN. Héme aquí.
CAM. Don Juan,
¿qué intentas?
JUAN. Hablarte intento;
del alma en este momento
á tí mis palabras van.
CAM. Ciego y arrojado vienes.
JUAN. Traigo herido el corazón.
CAM. Grande ha de ser la razón
que para entrar aquí tienes.
JUAN. Mi loco afán me ha traído,
y enojarte con él temo;
mas discúlpeme el extremo
que tú misma has prevenido.
CAM. Don Juan...
JUAN. Mi disculpa es esta:
nunca te ofendí.
CAM. Jamás.
JUAN. Qué, desengañada estás?
CAM. ¡Hartas lágrimas me cuesta!
JUAN. ¿Qué has hecho?
CAM. Yo no sé qué.
JUAN. ¿Qué has dicho al Duque de mí?
CAM. Que te perdí y me perdí;
eso es todo cuanto sé.
JUAN. Todo acabe entre los dos.
CAM. Quien habla con celos, yerra.
Mi hermano es quien te destierra;
queda adios, don Juan.
JUAN. Adios.
(Se aleja y vuelve.)
Ya que de tí me desvíe
mi estrella, en esta partida
el secreto de mi vida
concédeme que te fie.

Óyeme, porque el dolor
disculpes, y no te admire
que lllore, gima y suspire
las ofensas de mi honor.—
Mi nombre no es don Juan, ni mi apellido
de Cárdenas tampoco, si bien fuera
gran lustre de mi sangre haber tenido
alguna parte en su divina esfera;
don Cárlos soy Enriquez, traza ha sido
de mis sucesos y fortuna fiera
mudar de nombre, no sin causa alguna,
aunque nunca he podido de fortuna.
Nací segundo, y por razón de estado,
apenas ví la cara á veinte abriles,
cuando á Palas y á Marte aficionado,
los amores dejé, rémoras viles;
y de mi ardiente espíritu animado
más nombre merecí que el griego Aquiles,
hasta que en pocos lances, cosa extraña,
capitan de caballos volví á España.
Llego á mi casa con aquel contento
que ausencia de seis años merecía,
y cuando aguardo que en aquel momento
á abrazarme saliesen á porfia,
con lágrimas de pena y sentimiento
el suyo cada cual decir quería,
y la fuerza del alma lo estorbaba,
que en el dolor la lengua tropezaba.
Busco á mi padre, que en piedad bañado,
mi deshonra y su pena me declara,
y viéndome tan hombre y tan soldado
á sus ojos me arrima y á su cara.
«¡Ay, dice enternecido el viejo honrado:
¡si una hermana que tienes te faltara!»
Y viendo, en fin, que sin color le escuchó
vuelve á llorar, conque me dice mucho.
Supe, en efecto, que mi triste hermana
escuchaba en secreto á un caballero,
poseída de amor, del suyo ufana;
que él la rondaba halagador y artero,
y su honor le fió necia y liviana
sirviéndole su gusto de tercero,

que del alma una vez franca la puerta
al mayor imposible se concierta.
Y viniendo mi padre, triste suerte,
de palacio una tarde, vió una escala
que al hierro de un balcon atada y fuerte
los de mi hermana Estela le señala;
y en el instante mismo un hombre advierte
que baja del balcon; un grito exhala,
en el último paso le detiene,
con él se abraza y hasta el suelo viene.
Pension de la belleza es que alcanzada
se suele carear con el olvido,
y de querida pasa á despreciada.
Aquel era un traidor y fementido,
y allí ocultando la cobarde espada,
y otros con él, que al sitio le acudieron,
villanamente de mi padre huyeron.
Corre tras ellos el honrado viejo,
á pesar de sus años, tan brioso,
como pudiera yo, que soy su espejo;
tanto obliga un agravio cauteloso.
Mas entrando las fuerzas en consejo
se quejan de su espíritu animoso,
y rendido á la edad, yerta y cansada,
se vuelve haciendo báculo la espada.
Esto supe, señora, el triste dia
que entré en la córte; ¡mira qué laureles
para honrar la española gallardía
del que á su escudo dió nuevos cuarteles.
Yo entónces, viendo la nobleza mia
destinada á rigores tan crueles,
maldije á mi valor, maldije á Palas,
quemé las plumas y rompí las galas.
Examino á mi hermana, que afligida,
escondida en rubor, el labio sella,
y á un monasterio retiró su vida,
último asilo en su infeliz estrella.
Mas ni al rigor ni al ruego persuadida,
nunca quien la burló supe por ella;
que aunque la accion colérica infamaba,
al dueño siempre del agravio amaba.
Viendo, en fin, su porfia y que mi afrenta

en corrillos de mozos, plaza y calle
se murmura, publica, trata y cuenta,
siendo forzoso que lo escuche y calle;
válgame de mi honor, que altivo intenta
pelear con mi agravio hasta vengalle;
busco, indago, averiguo, me prevengo,
salgo de España y á Florencia vengo.
Supe qué era extranjero mi enemigo,
noble, galan, apuesto y gentil-hombre,
y con aquesta luz, sin luz le sigo,
mudando patria, calidad y nombre.
Con todos trato familiar y amigo,
y á todas partes voy buscando un hombre
de quien ignoro, para más tormento,
nombre, estado, valor y nacimiento.
Acuchillaban á tu noble hermano
una noche, encubiertos, seis traidores;
defendile la vida cortesano,
honoré con su casa y mil favores;
llegué á mirar tu cielo soberano,
abrasóme tu luz, dijete amores,
vino Arnesto, lloré mi muerte triste;
lo demas tú lo sabes pues lo hiciste.

LEON. (Entreabriendo la puerta.)

Ruido sientto.

CAM. (Mirando con Leonida por la puerta.)

Adios, don Juan.

MEND. Hacia allí un bulto diviso.

JUAN. Adios, señora.

(Se dirige al fondo. Leonida le detiene.)

LEON. No salgas.

Álguien se acerca.

CAM. ¡Dios mio!

Si es mi hermano... ya en palacio

están todos recogidos.

Él será.

MEND. (Á media voz.) Es el Marqués.

CAM. ¿Qué dices?

MEND. El Marqués digo.

CAM. ¡Huye, don Juan!

JUAN. Mas por dónde?

CAM. Dices bien; si ya te han visto...

- LEON. Por ese lado.
(Indicando la habitacion de Camila.)
- CAM. Imposible!
- JUAN. Tu honor, Camila, es el mio.
Yo le guardaré.—Mendoza,
mata esa luz.
(Don Juan y Mendoza apagan las luces.)
- LEON. Crece el ruido.
- JUAN. (Á Leonida.)
Abre esa puerta, no temas;
yo conjuraré el peligro.
Entra en tu cuarto. (Á Camila.)
- CAM. Voy muerta.
(Entra á tientas en su habitacion seguida de Leonida.)
- JUAN. Tú, Mendoza, aquí conmigo.

ESCENA XIII.

D. JUAN, el MARQUÉS, MENDOZA.

- MARQ. La luz han muerto.—¿Quién va?
- JUAN. ¡Ah, Mendoza! (Á media voz.)
- MEND. Perdí el tino.
- MARQ. ¿No responden?
- JUAN. Es la voz
del Marqués.
- MARQ. (Sacando la espada y apoderándose de la puerta.)
Haga su oficio
el acero.
- JUAN. Á todo trance
ganar la puerta es preciso.
(Al dirigirse al fondo D. Juan tropieza con el Marqués.)
- MARQ. ¡Atrás!
- JUAN. ¡Paso haded!
- MARQ. Atrás!
Decid quién sois ó aquí mismo
moris.
- JUAN. Haced paso franco.
- MARQ. Yo le cierro.
- JUAN. Pues abrírmelo

sabré.
MARQ. ¿Cómo?
JUAN. De esta suerte.
 (Cruzan las espadas.)
MEND. Se armó la de Dios es Cristo.
JUAN. Gente viene.
MARQ. Sin que os vea,
 no háis de salir de este sitio.
DUQUE. (Dentro.) Aquí luces!
MARQ. Acudid!
JUAN. Es el Duque, me he perdido.
 Cúbrome el rostro.
 (D. Juan se recata con el embozo de la capa. Entra
 el Duque y Fortun y Teodoro con luces.)

ESCENA VIV.

D. JUAN, DUQUE, MARQUÉS, MENDOZA, FORTUN Y
TEODORO.

DUQUE. Qué es estó?
 Espadas aquí.—¿Qué miro?
 Aquí el Marqués?
MARQ. Yo, señor.
DUQUE. Pues esto, Marqués, qué ha sido?
MARQ. Esto es aclarar sospechas
 que empañaban mi honor limpio.
DUQUE. ¿Qué dices?
MARQ. No sé, en verdad,
 cómo he de decirte...
DUQUE. Dilo.
MARQ. Yo encerrado en esta sala
 hallé ese hombre; su brío
 y su talle darnos pueden
 de quién es claros indicios.
DUQUE. (Este es don Juan.)
MARQ. Yo sí, en fin,
 me he de casar, por el brillo
 de tu casa velar quise...
DUQUE. Yo ese cuidado te estimo,
 mas siendo yo dueño en ella
 le basta el cuidado mío;

y este agravio, si hay agravio,
sabré vengarle yo mismo.
Sal de aquí.

MARQ. Piensa, señor...

DUQUE. Ya tu razon adivino;
mas nada en tu ofensa temas;
yo soy aquí el ofendido,
que en palacio hay más mujeres;
harto con esto te digo.
Déjame solo.

MARQ. Señor...

DUQUE. Vete ya.

MARQ. De tí me fio.

DUQUE. Despejad.

JUAN. (Hay más desdicha?)

DUQUE. (¡Era este mi fiel amigo!)

ESCENA XV.

EL DUQUE, D. JUAN.

DUQUE. Descúbrete, ya se fueron,
si no es que de estas paredes,
como en fin testigos fueron,
vergüenza tengas, y quedes
corrido de que te vieron.

JUAN. (Ya echó el resto mi fortuna.)

DUQUE. Ya don Juan sin causa alguna
la cara encubres, taimado,
porque no es razon de estado
tener dos, y encubrir una.
Ya te he conocido, ingrato;
y si ahora no te mato,
es por tomar más venganza,
con que sepas que se alcanza
á conocer tu mal trato;
porque á un hombre de nobleza,
de valor y gentileza,
pienso que baste á matarte
solamente el recordarle
que cometió una bajeza.

JUAN. Ah, señor! déjame hablar.

- DUQUE. Pues tú, ¿qué puedes decir?
- JUAN. Si no quieres escuchar...
- DUQUE. Si es disculparte, es mentir,
y será mejor callar.
- JUAN. ¡Que esto sufra! Considera...
- DUQUE. De disculpas no me trates.
- JUAN. Todo es traicion y quimera.
- DUQUE. No tu perfidia recates
con disculpa tan grosera.
Yo sé que Celia te adora;
hállante en su cuarto ahora;
pues ¿qué puedes responder
que no pare en ofender
á quien su cielo enamora?
- (El Duque se acerca un momento á la habitacion de Celia.)
- JUAN. (¿Hay tal modo de apurar?
Que por fuerza he de callar,
y he de confesar por fuerza
que Celia mi amor esfuerza?
Lo cierto he de declarar;
y decirle... pero no,
que se casa con Arnesto
Camila, y presumo yo
que más se ofendiera de esto.
Mi esperanza me engañó.)
- DUQUE. Si el alma un cristal tuviera,
vil don Juan, por vida mia,
ménos traiciones hubiera,
pues cada cual temeria
que su infamia se supiera.
No hubiera en el mundo engaños,
cautelas, torpes amaños,
traiciones, falsos testigos.
ni con máscara de amigos
hubiera secretos daños.
No hubiera malas ausencias,
ni encontradas voluntades
por opuestas diferencias;
ni hubiera en las amistades
injustas correspondencias.
No hubiera amigo fingido

que en bajas acciones trata
de su envidia persuadido,
ni hubiera mujer ingrata
á tanto bien recibido.

No hubiera en viles sujetos
tantas cobardes afrentas,
ni simulados concetos,
ni hubiera muertes violentas
por intereses secretos.

No ofreciera un gran señor
su casa á amigo traidor,
que con labio lisonjero
ofende sagaz y artero
la pureza de mi honor.

No hubiera libres intentos
en mujeres principales
de más altos pensamientos;
ni en los hombres desiguales
cupieran atrevimientos.

Y en efecto, cada cual
fuera cortés y leal,
fuera amigo y noble fuera,
porque á la lengua siquiera
correspondiera el cristal.—

Vuélvete á España, y advierte
que si no te doy la muerte,
es porque te quise bien.

JUAN. (¡Qué más pena, dulce bien,
que haber de vivir sin verte!)—
Ya obedezco á vuecelencia...

DUQUE. No estés más en mi presencia,
que por vida de mi hermana
que te haga matar mañana
si hoy no sales de Florencia.

(Llega hasta la puerta del fondo, la abre y después vuelve al centro de la estancia obligando á salir delante á D. Juan, según marca el diálogo.)
Vé tú delante...

JUAN. Señor...

DUQUE. No es favor éste, es temor.

JUAN. ¿De mí te recelas ya?

DUQUE. Sí; que cualquier cosa hará.

el que una vez fué traidor.

El primero has de pasar.

JUAN. Nunca he tenido esa fama.

DUQUE. Yo lo puedo sospechar,
pues quien me quitó la dama,
tambien me sabrá matar.

(El Duque permanece en la actitud conveniente,
obligando á D. Juan á salir delante de él.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

of the ...
...
...
...
...
...
...
...

...
...

EN DEE ACTE SIGNED

ACTO TERCERO.

Salon de palacio.—Galería en el fondo, por la que se descubre un vasto jardín.

ESCENA PRIMERA.

D. JUAN y MENDOZA.

- MEND. Ya estoy de vuelta, señor.
JUAN. ¿Ensillaste los caballos?
MEND. Ya lo están, y sólo falta
que huyamos de este palacio.
¿Suspiras? No seas necio,
señor, que te estás matando.
- JUAN. Tan necio soy, porque siento
perder lo que quise tanto?
¿Es el alma de diamante?
¿Es el corazon de mármol?
¿Héme criado entre fieras?
¿No soy hombre, y hombre amado?
¿No quiero bien á Camila?
¿No me destierra Clenardo?
¿No ha de lograrla el Marqués?
¿No he de verme sin sus brazos?
¿No salgo en fin de Florencia?
Pues en dia tan aciago,
¿qué mucho, que loca el alma,

si puede ser que la traigo,
se queje, suspire y llore?
El aliento de soldado
no implica, no, con mi amor;
que ya sabe el mundo cuántos
que con la espada y la pluma
escribieron y mataron,
lloraron de amor mil veces.
¿Ves un escuadron armado
de paveses y de lanzas,
pólvora, flechas y dardos?
Pues hago testigo al cielo
que no le temiera tanto
como á Camila estos dias.
Cuando peleo, me valgo
de la destreza ó el brío,
de las armas ó los brazos;
mas de una mujer hermosa,
¿qué defensa, qué resguardo
tendrá quien la adora humilde,
y la pierde desdichado?
No la viste esta mañana,
cuando me dijo temblando:
«adios, señor de mis ojos,
á España os vais; acordaos
de esta vida que fué vuestra;
yo no me caso, mi hermano
me obliga; mi hermano quiere
que yo muera...» y de allí á un rato
no viste cuál de sus ojos
líquidas perlas brotaron?
Las rosas de sus mejillas,
los claveles de sus labios
las recogian, y allí
era cada perla un mayo.
No sé, Mendoza, qué tiene
cualquiera mujer llorando,
que el alma lleva tras sí.

MEND.

Yo he visto alguna que el diablo
pudiera mirarla.

JUAN.

Necio;
cuando es sin concierto el llanto

á cualquiera descompones;
pero un llorar recatado
que no se declara bien,
y que el dueño está mostrando
risa en la boca y los ojos
la desmienten, este alabo.
La condesa, en fin, ay Dios!
aun del nombre me acobardo,
lloraba con mucho aseo.
Pues Mendoza, si yo amo,
con tal disculpa bien puedo
sentir y llorar, que el llanto
es consuelo de las penas.

MEND. Sí; mas sintiendo y llorando,
partamos ya.

JUAN. Espera.

MEND. Mira

que no estás bien en palacio.

JUAN. De él me arrojan mis desdichas.

MEND. Vamos ya.

JUAN. ¿Pues ya no vamos?

Espera, Mendoza amigo.

MEND. Otra vez? Pues á este paso...

llegaremos á Madrid

de aquí á cuatrocientos años,

y habrás menester teñirte.

JUAN. No fuera yo tan bellaco

cuando llegara ese tiempo.

MEND. Ya es uso.

JUAN. Llámale engaño.

MEND. Hombre he conocido yo
que se acostó bueno y cano,

y amaneció, Dios nos libre,

con bigote naranjado

y 'cabello verde-mar.

JUAN. Y á ese tal se le quitaron
los achaques?

MEND. Este tal

estaba muy entrampado;

y como sus acreedores

le habian conocido bayo

y le miraban morcillo,

andaban tan deslumbrados
que á él mismo le preguntaban:
«¿vive aquí el señor fulano?»
y él respondia muy sesgo:
«ya ese hombre se ha mudado
habrá un mes á otra parroquia.»
Y así anduvo muchos años
peleando con sus trampas
sin pagar á nadie un cuarto.

JUAN.

Trátame en Camila y deja
disparates; dime algo
de aquel mirar amoroso,
de aquel rostro soberano,
de aquellos negros luceros,
que son negros y son claros.
¿Ahora qué hará?

MEND.

Á estas horas
se estará desayunando
con perniles y torreznos
y un cuartillo de lo caro.

JUAN.

¡Oh qué chiste tan grosero!
Eres, en fin, hombre bajo.

MEND.

¿Pues qué quieres, que Camila
no coma y se esté llorando
muy á lo tierno? Apostemos
que estais los dos consolados
ántes de cuarenta horas?
No hay para el amor ruiharbo
como la ausencia.

JUAN.

Es locura.
Yo sé, Mendoza, que traigo
fuego para muchos dias.

MEND.

Mas dejando aquesto á un lado,
¿qué hay de Celia?

JUAN.

No la nombres;
que, en fin, de todos mis daños
es la ocasion: pues el Duque,
pensando que yo la amo,
me destierra de la córte.

MEND.

Miren lo que enreda el diablo!
Poco te amaba.

JUAN.

Su amor

apenas llegó á cuidado;
fué un modo de entretenerse
como de dama en palacio.

MEND. Y tú como hombre y en calzas,
cuándo quieres que nos vamos?

JUAN. (Se dirige al fondo al aparecer el Marqués.)
Echa á andar.—Aquí el Marqués?

ESCENA II.

D. JUAN, el MARQUÉS.

MARQ. Ventura ha sido el hallaros;
fuera os creí de Florencia.

JUAN. En este momento salgo.

MARQ. Teneos, don Juan, que ántes
quiero de un asunto hablaros.

JUAN. Si es de vuestros celos...

MARQ. No.

Con motivo bien contrario
os busco, reconociendo
los sentimientos hidalgos
de vuestro pecho, y valerme
quiero de vos.

JUAN. Pues no alcanzo...

Cuando de mí estais quejoso...

MEND. ¿En qué me ofendisteis? ¿Cuándo?
Donde no hay razon no hay queja,
y entended bien lo que os hablo:
no hay causa bastante, ni hay
sujeto alguno en palacio
en quien me ofendais, y basta:
que en punto tan delicado,
ni vos debeis saber más
ni yo decirlo más claro.

JUAN. Sea como vos quereis.
Y pues que á España me parto,
ved lo que mandais de mí,
que á vuestro gusto me allano.

MARQ. Don Juan, mi gusto mayor
seria el acompañaros.
¿Á España vais? Yo tambien

recuerdos de España guardo.
Bajo su cielo apacible,
alegre, sereno y claro,
marchitarse ví la flor
de mis juveniles años,
y amantes gustos gocé
y apuré duelos amargos.
De aquellos dias queridos
que por siempre se alejaron,
en mi triste corazon
aún me oprimen y hacen daño
ciertas memorias perdidas
que olvidar procuro en vano.

JUAN. Pues vos, Marqués, en España
¿tanto habeis vivido?

MARQ. ¡Tanto!

JUAN. Acaso en ella dejásteis
amantes prendas?...

MARQ. Acaso.

JUAN. Pues qué os obligó á partir?

MARQ. Cierta amor desventurado.

JUAN. Con gusto os oigo; acabad.

MARQ. Don Juan, ese es cuento largo.

JUAN. Y de mí no le fiais?

MARQ. No es esto, don Juan, negaros
mi confianza; ántes bien
podeis juzgar, cuando trato,
en fe de vuestra lealtad,
fiar de vos cierto encargo.

JUAN. Decid pues.

MARQ. ¿Cuento con vos?

JUAN. Vuestras órdenes aguardo.

MARQ. Impórtame que este pliego
llegue á su destino.

JUAN. ¿Cuándo?

MARQ. Así que á Madrid llegueis
y con el menor retraso.

Perdonad mi atrevimiento,
don Juan, si os lo doy cerrado,
pero esto importa.

JUAN. Está bien.

MARQ. Gracias os doy de antemano.

Van el nombre y direccion
en la nena; si no os canso,
avisadme del recibo
respuesta á la vez cobrando.

JUAN.

Así lo haré.

MARQ.

Así lo espero.

Adios, don Juan, no retardo
vuestra partida.

JUAN.

Por vos

la adelantaré.

MARQ.

Los brazos

me dad.

JUAN:

Pues tanto me honrais,
de amigo, Marqués.

MARQ.

De hermano.

ESCENA III.

D. JUAN solo.

Si algun secreto pesar
en este papel me fia...
tal comision á se mia
que me ha dado qué pensar.
De cualquiera que me cuenta
algo de España, recelo
y sospecho, vive el cielo,
que de mi infeliz afrenta
es la causa, y el autor
de aquella infame cautela
que tiene á mi hermana Estela
sin quietud, gusto, ni honor.
Que en España estuvo Arnesto
y de España se alejó
porque un amor le obligó,
desventurado, ¿qué es esto?
¡Oh qué idea! ¡loco estoy!
Mas, cielos! si el Marqués fuese
quien ofendido me hubiese
y tras quien corriendo voy...
Pero, ¿qué dudo? yo leo.
Á la carta me remito;

dice, pues, el sobrescrito:
«Estela Enriquez.»—¡Qué veo!
Alma, el dolor prevenid.
«Enriquez.»—¿Hay acaso igual?
«En el convento Real
de los Ángeles: Madrid.»
Sin alma, sin ser, sin vida
y sin aliento he quedado;
que ya sé quién me ha afrentado.
¿Qué ponzoña habrá escondida
en este pliego? La nema
rompo.—¿Y esto es ser traider?—
No, que es volver por mi honor.
Abro:—su contacto quema.—
«Mi padre, Estela, tratada
tiene en Florencia mi union,
sin ver que soy la ocasion
de tu culpa desdichada.
Le debo ciega obediencia;
y pues rendido me ves
á mi desdicha...»—Marqués,
aquí dió fin tu existencia.
¡Loco de furor-estoy!
No leo más; yo mataré
á mi enemigo, yo haré
que Italia sepa quien soy.
Con celos y agravios voy;
los celos ya procuraban
su muerte, pero no hallaban
harta causa, y á la cuenta
se han valido de mi afrenta
viendo que ellos no bastaban.
Perdone el Duque el rigor
de mi estrella; nací hidalgo,
y de Florencia no salgo
hasta recobrar mi honor.
Palabra dí á su valor
de ausentarme á mi pesar;
mas no la debo guardar,
que en tan feliz estado
de dejar de ser honrado
ninguno la puede dar.

ESCENA IV.

D. JUAN, MENDOZA.

- MEND. Camila viene hácia aquí.
JUAN. Ven, Mendoza.
MEND. ¿Adónde vas?
JUAN. Á vengarme.
MEND. ¿Loco estás?
JUAN. Mendoza, creo que sí;
sin juicio estoy.
MEND. (¡Lo que ensarta!)
JUAN. Á matar voy á un traidor;
Arnesto ofendió mi honor.
MEND. ¿Quién te lo ha dicho?
JUAN. Esta carta.
MEND. ¿Y á qué te has determinado?
JUAN. Querráme tu amor seguir?
MEND. Claro está.
JUAN. Pues á morir
ó á volver á España honrado.
Tú verás que Arnesto muere.
MEND. ¿Y si hay cuchillo y prision?
JUAN. Cumpla yo mi obligacion
y venga lo que viniere.

ESCENA V.

CAMILA, LEONIDA.

- CAM. Al fin partióse don Juan?
LEON. Él parte en este momento;
templa ya tu sentimiento.
CAM. ¡Tras él mis dichas se van!
Si bien me quieres, Leonida,
haz por mí lo que te digo;
usa esta piedad conmigo,
quítame esta triste vida,
y excúsame de tener
otra que peor me espera,
ántes que mi suerte fiera

mi verdugo venga á ser.
Considera que padezco
por dos caminos, pues lloro
con el perder lo que adoro,
quedar con lo que aborrezco.
Tú verás lo que sucede
si el Duque llega á apurarme.
¿Pues qué has de hacer?

LEON.

CAM.

LEON.

CAM.

No casarme.

¿Quién lo ha de estorbar?

Quien puede.

¿No hay puñales en Florencia?
No habrá un vaso de veneno
para mis desdichas bueno?
Piensas tú que hay diferencia
en morir de aqueste modo,
ó unirme despues á un hombre
de quien detesto hasta el nombre?
Pues si, en fin, morir es todo,
¿para qué la vida aguardo?
¿Para qué quiero vivir?

LEON.

CAM.

LEON.

Calla, que pueden oír...
¿Quién?

El Marqués y Clenardo.

ESCENA VI.

CAMILA y LEONIDA, segundo término; DUQUE y MARQUÉS.

DUQUE. Ya me das que sospechar.

MARQ. Yo digo que puede ser
virtuosa una mujer
y no quererse casar.

DUQUE. En fin, dices, habla claro,
que quieres á la condesa,
y ella...

MARQ. De verme le pesa.

DUQUE. Infundado es tu reparo.

MARQ. Ya sabes que mis desvelos
nacen tambien de aquel hombre...

DUQUE. Ya supe su estado y nombre
y disipé tus recelos.

MARQ. Dijiste, señor, que habia

en aquel cuarto otra dama;
y segun en casa es fama,
nadie atreverse podria
sino ella y Celia...

DUQUE. Marqués,
¿no pudo ser Celia?

MARQ. No;
que la he examinado yo
y ha respondido...

DUQUE. Dí, pues:
¿qué ha respondido?

MARQ. Lo niega.
DUQUE. Y tú, Arnesto, ¿la has creído?
Pues dí, ¿qué mujer ha habido
tan desalumbrada y ciega,
que en cosas de voluntad
y que ofenden su opinion,
sin otra averiguacion
haya tratado verdad?
Quererse Celia infamar
por tu gusto, fuera error,
que en defensa de su honor
cualquiera sabe callar;
que es liviandad el querer,
y la ménos recatada
quiere parecer honrada
ya que no lo pueda ser.
Mal conoces las mujeres,
lo que vieres negarán
si acaso toca en galan.

MARQ. ¿Lo que viere?

DUQUE. Lo que vieres;
porque todas saben ya
que lo que se ve se niega;
que lo que á verse no llega,
por sí negado se está.

(Camila se dirige al Duque.)

—Camila. ¿Aquí estabas? Hoy
los contratos firmaremos
y al fin de dudas saldremos.—
Contigo enojado estoy.

CAM. Conmigo, señor!

- DUQUE. Despues
hablaremos; y entre tanto,
para salir de este encanto,
dale la mano al Marqués.
- CAM. Señor...
- DUQUE. No hay que replicar;
yo así, Camila, lo quiero.
- CAM. (Óyeme aparte primero:
ó yo me debo engañar,
ó el Marqués no siente amor
y me mira con disgusto;
y fuera término injusto,
indigno de tu valor,
querer por fuerza casarle.
Ello ha sido mi desdicha;
que él vino á verme y por dicha
no he conseguido agradarle;
y no es bien darme marido
que aun ántes de desposado
mire mi amor con enfado.
- DUQUE. Basta ya; que estoy corrido
de que los dos me trateis
engaños.
- MARQ. Repara...
- CAM. Advierte...
- DUQUE. Claro está; pues de esta suerte
mi autoridad ofendeis.
Tú dices que no te trata
Camila bien, y ella ahora
tu desprecio siente y llora;
tú la has culpado de ingrata
y ella de libio, y por Dios...
- MARQ. Yo sé que verdad traté.
- CAM. Yo sé que no te engañé.
- DUQUE. ¿Pues quién miente de los dos?
- MARQ. Yo sé...
- CAM. Yo puedo afirmar...
- DUQUE. Yo no sé quién miente, hermana;
mas solo sé que mañana,
Camila, te has de casar.
Por Dios, que corrido estoy;
y lo que me mueve, Arnesto,

á dar tanta prisa en esto,
siendo, en efecto, quien soy;
es porque el vulgo no diga,
atrevido en esta parte,
que pues dudas en casarte
alguna causa te obliga.

ESCENA VII.

EL MARQUÉS, CAMILA.

MARQ. ¿Hásllo escuchado?

CAM. Ya oí.

MARQ. Dí en efecto si es verdad
que me tienes voluntad
y estás quejosa de mí.
Si es verdad que me has querido!
tanto lo has disimulado
que fué probar mi cuidado,
ó ha sido ensayar tu olvido.
Tú sufres, gimes y lloras,
y yo miro, observo y callo;
y desde que vine te hallo
disgustada á todas horas.
Cuanto imaginas recelo
que adivinándolo estoy.

CAM. ¿No veis tambien cómo doy
tristes lágrimas al suelo?

MARQ. Hablad claro.

CAM. Oídme pues:
pero advertid que primero,
como noble caballero,
galan, discreto y cortés,
vos me habeis de disculpar. —
Yo quiero bien y no á vos;
entendido sois, adios.
Mirad si os quereis casar.

ESCENA VIII.

MARQUÉS.

Voto á mi nombre, que estoy

avergonzado y corrido;
que siempre duelen al alma
los tratamientos esquivos,
y se encuentra rebajado
el amor propio al oírlos.
¡Trance funesto! Solo el Duque
me ha puesto en él.—¿Mas qué digo?
agrádome del suceso;
ya de este empeño salimos.
Ya soy otro, ya soy libre,
ya me aliento, ya respiro.

ESCENA IX.

D. JUAN, el MARQUÉS.

JUAN. Aquí está.

MARQ. Don Juan, pues vos
aún en Florencia?

JUAN. Yo mismo.

¿Os pesa la novedad?

¿Duéleos verme en este sitio?

¿Os asuntan mis palabras?

¿Os espanta el rostro mio?

Pues á fe mia que sois
medroso y asustadizo.

MARQ. Vive Dios, que no os entiendo.

JUAN. Pues vive Dios, señor mio,
que entre las gallardas prendas
que honran sujeto tan digno,
sólo os faltaba esta vez
la de no ser entendido.

MARQ. Caballero!...

JUAN. Ese es mi nombre.

MARQ. ¿En vos estais?

JUAN. Voy conmigo.

MARQ. ¿Conocéisme?

JUAN. Ya os conozco.

MARQ. Miradme bien.

JUAN. Bien os miro.

MARQ. Ved con quién hablais.

JUAN. Con vos.

MARQ. ¿Sabéis quién soy?

JUAN.

¡Sí por cierto!

Vos sois, Marqués, un menguado,
folso, aleve, fementido.—

No os movais, tened la lengua.—

Ya estais bajo mi dominio,

ya os deslumbro con mis ojos,

con mi palabra os fascino,

y habeis de oirme hasta el fin

mudo, quieto, inmóvil, fijo.

Á España un dia os llevaron

vuestros torpes extravíos,

y á una cándida doncella

y á un anciano desvalido,

con golpe airado y cruel

heristeis á un tiempo mismo,

recatándoos en la sombra

como cobarde asesino.—

Oid.—La inocente niña

oyó vuestro amor impío,

con la pureza del alma,

con la fe de su honor limpio.

¿Qué hicisteis vos de su honra?

¿Qué de su candor sencillo?

¿Qué hicisteis vos del anciano

que á vuestras plantas rendido,

os brindaba una alianza

á cuyo esplendente brillo

los mismos rayos del sol

quedaran oscurecidos?

De ella burlaste el candor

abandonándola inicuo,

de él matasteis la esperanza

de lograr vuestro exterminio.

Ella confiada y débil,

él ya caduco y sin bríos,

por una y por otro yo

mataros quiero aquí mismo,

para que Italia conozca

en vuestro justo castigo,

que si llegasteis á España,

y loco y desvanecido

- burlar siquiera intentasteis
la fe de sus bravos hijos,
ni uno hallasteis que no fuera
noble, hidalgo, fiel y altivo.
- MARQ. Yo un depósito sagrado
os fié.
- JUAN. En él ví escrito
vuestro crimen; por él vengo
á mataros.
- MARQ. ¡Vive Cristo!—
Por Dios, don Juan, que la errasteis
si un instante habeis creido
que pueden vuestros insultos
turbarme, porque os permito
tiempo para meditarlos
y voz para proferirlos.
Mal interpretasteis vos
este asombro, este prodigio;
no es fascinacion, no es
suspension de los sentidos,
que efecto es de mi grandeza
y de mi valor invicto.
No del vuestro hagais alarde,
que aún vuestro furor esquivo.
No requirais el acero,
que aún yace en la vaina el mio.
¿Qué esperais ya?
- JUAN. Saber trato
- MARQ. con qué nombre, con qué título
llegais á mi.
- JUAN. Os lo dice
á voces vuestro delito.
- MARQ. Quereis, en fin...
- JUAN. Vuestra muerte.
- MARQ. Decid quien sois.
- JUAN. Ya os lo he dicho.
- MARQ. Vuestro nombre.
- JUAN. No os importa;
para dar justo castigo
á un villano, basta sólo
el de hombre bien nacido.
- MARQ. ¡Miserable!

JUAN. (Sacando la espada.) ¡Defendeos!

MARQ. (Cruzando con D. Juan su acero.)
¡Adelante!

ESCENA X.

D. JUAN, MARQUÉS, el DUQUE, FORTUN y acompañamiento.

DUQUE. Aquí esos gritos?
Tal escándalo en palacio!
Venid todos á este sitio.
Teneos.

JUAN. Atrás!

MARQ. Dejadme.

DUQUE. (Sacando la espada.)
Con vos soy.

JUAN. Contra ambos riño.

DUQUE. (Á Fortun y acompañamiento.)
Llegad; prendedle.

JUAN. Venid.

Contra todos tengo bríos.

ESCENA XI.

JUAN, MARQUÉS, DUQUE, CAMILA, acompañamiento.

CAM. ¿Qué es esto?

DUQUE. ¡Muera! ¡Matadle!

CAM. Tanto acero vengativo
contra un pecho solo?... ¡Atrás!
Sirvale de escudo el mio. (Con la accion.)

DUQUE. Tú estás de su parte?

CAM. Yo.

Per él contra todos lidio.
Yo me aliento en su favor;
yo en su defensa me animo.
Ea, mi amor, tiempo es ya
de mostrar tu poderío.
Ya arriesgada altiva y fuerte,
yo tu victoria publico;
y aunque el mundo entero caiga
sobre tu poder invicto.

abroquelada en tu fe,
haré frente al mundo mismo.
No hay ya razón, no hay reparo,
ni hay ya riesgo ni peligro
que no arrostre, por quien es
el dueño de mi albedrío.

Y si presumes que empañó
con mi acción el claro brillo
de tu nombre, en mí te venga;
traspase mi pecho el filo
de tu espada, y este suelo
vea yo en mi sangre tinto.

Mas qué digo? Yo en tu ofensa?
Tú contra mí, hermano mio?
desarmada aquí me tienes,
ya á tu voluntad me humillo;
y si te mueve á piedad
el dolor con que suplico,
y amor, en los pechos grandes
tiene natural dominio,
rinda á mi amor el acero,
como yo al tuyo me rindo.

DUQUE. Loca estás.

CAM. Loca de amor.

Cárlos...

DUQUE. ¿Estás en tu juicio?

Este es don Juan, y le nombras

Cárlos...

JUAN. Lo cierto ha dicho.

Don Cárlos Enriquez soy!
que yo con nombre fingido
busqué á mi ofensor, hallando
que era este hombre.

MARQ. ¡Dios mio!

JUAN. Yo tuve una hermana, á quien
con promesa de marido,
Arnesto burló, y despues
á tus estados se vino.

MARQ. ¿Tú eres hermano de Estela?

Pues ya Cárlos no resisto
á tu razón, y mil veces
que me perdones te pido.

- No me rechaces, que ya desde aquí me determino á cumplir mi obligacion yéndome á España contigo.
- DUQUE. ¿Pues conmigo eras traidor?
- MARQ. No; pero era de mi indigno casarme con quien sabia que amaba á Cárlos.
- DUQUE. ¿Qué indicios tuviste?
- CAM. Decirlo yo.
- DUQUE. Pues tú no me habias dicho que amaba á Celia, y que Celia le queria?
- CAM. Ese fué arbitrio para disfrazar mi amor.
- DUQUE. Pero Celia...
- JUAN. Yo te afirmo por la vida de mi rey, que el cielo guarde mil siglos, que en mi vida la he mirado.
- DUQUE. Y la noche que contigo estaba...
- CAM. No fué por Celia, que á mi cuarto por mí vino.
- JUAN. Eso es lo cierto.
- CAM. Esta es la verdad.
- MARQ. Yo lo atestiguo.
- DUQUE. Basta, que ya Celia es mia, pues de tanto error salimos. Vuestra culpa, si hubo culpa, yo la absuelvo, y os recibo entre mis brazos, cumpliendo mi obligacion, ya que todos con la vuestra habeis cumplido.
- CAM. (Ocupando el centro de la escena.)
Con frase limpia y galana Montalban la obra escribió en pró del arte, y en pró de la lengua castellana. Si hoy aquí nueva honra gana

mereciendo tu favor,
con entusiasta clamor
sancione tu autoridad
la justa celebridad
de tan insigne escritor.

FIN DE LA COMEDIA.

ADMINISTRACION LIRICO-DRAMATICA.

(Adicion al mismo catálogo.)

TITULOS.	Actos.	Prop. que corresponde	TITULOS.	Actos.	Prop. que corresponde
Como se guisa un conejo...	1	Todo.	La caridad en la guerra....	1	Todo.
Carta canta.....	1	Id.	Economías.....	1	Id.
Cada mochuelo á su olivo...	1	Id.	Francia y España.....	1	L. y M.
De noche todos los gatos son pardos.....	4	Id.	Permitame V., señora.....	1	Todo.
Entre Pinto y Valdemoro...	1	Id.	La encubierta ó la gitana de Sevilla.....	4	L. y M.
Ir con el siglo.....	4	Id.	República femenina.....	1	Todo.
La mar!.....	1	Id.	Casa vieja pronto arde.....	1	Id.
Los anónimos.....	1	Id.	Los celos de un prestamista.	1	Id.
La cruz de beneficencia.....	4	Id.	Ardides y calamares.....	1	Id.
Stabat Mater.....	1	Id.	Doña Maria Pacheco.....	1	Id.
Señorita, el general.....	1	Id.	La rosa de aldea.....	1	Id.
Un secreto entre mujeres...	1	Id.	La costilla falsa.....	1	Id.
Triunfo de la esperanza...	2	Id.	La vela de San Ramon.....	1	Id.
El conceller y el monarca...	3	Id.	La fuerza de voluntad.....	1	Música
La Beltraneja.....	3	Mitad.	Norma y Polion.....	1	L. y M.
Pedro el sordo.....	3	Todo.	El castiello del fantasma...	2	Música
D. Pacífico ó el Dómine irre- soluto. (Zarzuela.).....	1	L. y M.	Beltran y la Pompadour....	3	L. y M.
El aire de una mujer.....	1	Id. Id.	Tirios y troyanos.....	1	Todo.
El hombre es débil.....	1	Id. Id.	Parte diario.....	1	Id.
Flor de Aragon.....	1	L. y M.	=Las catacumbas infernales...	1	Id.
La Correspondencia de Espa- ña.....	1	Id. Id.	¡¡¡Palomo!!!.....	1	Música
=Tocar el violon.....	1	Música.	La fuerza de la conciencia...	3	Todo.
Un ensayo de Pepe Hillo...	1	Id.	Nicolás Rienzi.....	3	Id.
=¡El Teatro en 1876!!.....	2	Id.	El último capítulo.....	4	Id.
=Travesuras amorosas.....	2	L. y M.	Armas, letras y faldas.....	1	Id.
=Perla. (Zarzuela.).....	1	Música.	Por ponerse el frac.....	1	Id.
Como llovido del cielo.....	3	L. y M.	Revista de Madrid.....	1	Id.
La perla. (Zarzuela.).....	3	Id. Id.	El Miope.....	1	Id.
La internacional.....	1	Todo.	Un casamiento civil.....	1	Id.
1874-1872, revista.....	1	Id.	La vida color de Rosa.....	3	Id.
La sota de espadas.....	3	L. y M.	La plegaria de Delia.....	1	Id.
Desde el tendido.....	1	Todo.	Uua noche en un ropero...	2	Id.
Necesito un hombre.....	4	Id.	Lo maté.....	1	Id.
Un yerno á pedir de boca...	1	Id.	=La capilla de Lanuza.....	1	Mitad
Favor por favor.....	1	Id.	=La liquidacion social.....	2	Música
Un manojo de espárragos...	1	Id.	El príncipe lila.....	2	Id.
Nobleza obliga.....	3	Todo.	Tiró el diablo de la manta...	1	L. y M.
El doctor virulento.....	1	Música	Jimenez de Cisneros.....	1	Todo.
La pena de argolla.....	1	Todo.	Un cambio de política.....	1	Id.
Por buscar el remedio.....	1	Id.	Revista Europea.....	1	L. y M.
El insurrecto cubano.....	3	Id.	El diablo mundo.....	3	Id.
			Mambrú.....	2	Id.

PUNTOS DE VENTA.

EN PROVINCIAS. En casa de los comisionados de los señores GULLON é HIDALGO, y en las principales librerías.

EN MADRID. En las librerías de la VIUDA é HIJOS DE CUESTA, y de MOYA y PLAZA, calle de Carretas; de A. DURAN, Carrera de San Gerónimo, y de L. Lopez, calle del Carmen.

